



Dión y Bruto Vidas paralelas

Plutarco

I. Así como decía Simónides ¡oh Socio Seneción! que Troya no estaba mal con los Corintios porque le hubiesen hecho guerra con los Griegos, pues que Glauco, Corintio de origen, había sido en su auxilio, de la misma manera no deberán quejarse de la Academia ni los Romanos ni los Griegos, pues que van a tener igual parte en este escrito, que contendrá las vidas de Bruto y de Dion. Como de ellos éste hubiese oído al mismo Platón, y aquel hubiese sido instruido en sus doctrinas, ambos, saliendo de una misma palestra, se arrojaron a los mayores certámenes. No es de extrañar, pues, que, habiendo sido muy semejantes, y casi puede decirse hermanas, sus acciones, hayan acreditado de cierta la sentencia de aquel su adiestrador a la virtud, cuando decía que es necesario que el poder y la fortuna concurren en uno con la prudencia y, la justicia para que las empresas políticas lleguen a ser grandes e ilustres. Porque así como Hipómaco, el director de palestra, decía que a los que en la suya se habían ejercitado los conocía de lejos en el aire del cuerpo aun cuando los veía llevar carne de la plaza, es natural de la misma manera que la razón presida con igualdad a las acciones de los que han sido de un mismo modo educados, poniendo en ellas justamente con la decencia apropiada a cada caso cierta uniformidad y concordia.

II. La suerte y fortuna de ambos, que fueron las mismas en el éxito, aunque no en el modo y los medios, forman la semejanza de sus vidas: ambos murieron, en efecto, antes del fin de sus empresas, no habiendo podido darles feliz cima aun a costa de muchos y grandes combates, y lo más admirable es que a ambos se les anunció por un medio sobrehumano su fin, habiéndoseles aparecido fantasmas odiosos y enemigos. Mas en esta materia hay cierta doctrina que destierra todos estos embaimientos, enseñando que a ningún hombre que está en su sano juicio se le aparece la forma o imagen de un Genio, sino que sólo los niños, las mujerzuelas y los delirantes por enfermedad, cuando sufren alguna enajenación del espíritu o mala complejión y disposición del cuerpo, dan entrada a opiniones vanas y extravagantes, estando imbuidos en la superstición de hallarse poseídos de un mal Genio. Y si Dion y Bruto, hombres de espíritu y filósofos,

nada expuestos o sujetos a ilusiones, dieron tanto valor y se conmovieron con la aparición de tal modo que llegaron a referirla a otros, no sé cómo podremos evitar el admitir otra doctrina todavía más repugnante de los antiguos, según la cual ciertos demonios malos y de perversa intención, envidiosos de los hombres buenos y contrarios a sus buenas obras, excitan en ellos perturbaciones y miedos para estorbar e impedir toda virtud, con la dañada intención de que, no permaneciendo aquellos firmes y puros en el camino del bien, no gocen de mayor dicha que ellos después de su muerte. Mas esto habremos de dejarlo para otro tratado: en este libro, que es el séptimo de las Vidas Paralelas, demos ya principio por la del más antiguo.

III. Dionisio el Mayor, luego que usurpó el poder, casó con una hija de Hermócrates Siracusano: pero a ésta, no estando todavía bien asegurada la tiranía, los Siracusanos en una sedición le hicieron en su persona tales afrentas e insultos, que a consecuencia de ellos voluntariamente se dejó morir. Recobró luego Dionisio y afianzó más su autoridad, y volvió a casarse con dos mujeres a un tiempo, la una de la Locrense, llamada Doris, y la otra del país, llamada Aristómaca, hija de Hiparino, varón muy principal entre los Siracusanos, y colega en el mando de Dionisio cuando por la primera vez fue nombrado generalísimo para la guerra. Dícese que el matrimonio con las dos fue en un mismo día, que nadie supo a cuál de las dos se acercó primero, y que en adelante se partió con igualdad entre ambas, comiendo en unión con él, y alternando por noches en el lecho. Deseaba el pueblo de Siracusa que la natural tuviera alguna ventaja sobre la forastera; pero habiendo dado ésta a luz el hijo primogénito de Dionisio, este suceso suplió por la desventaja del origen. Aristómaca estuvo largo tiempo al lado de Dionisio sin tener hijos, sin embargo de que éste lo deseaba y procuraba hasta el punto de dar muerte a la madre de la Locrense, por haberse sospechado que había hecho estéril con pócimas a Aristómaca.

IV. Era Dion hermano de ésta, y al principio alcanzó honor por la hermana: pero después, habiendo dado muestras de prudencia, por sí mismo se ganó tanto el afecto del tirano, que entre otras muchas distinciones dio orden a los tesoreros de que si Dion pedía alguna cosa, se la entregasen, y, entregada, se lo participaran en el mismo día. Era desde luego de carácter altivo, magnánimo y valeroso, pero sobresalió más en estas calidades después que arribó a Sicilia Platón, más bien por una feliz y divina suerte que no por ninguna disposición humana: y es que algún buen Genio, preparando de lejos, según parece, a los Siracusanos el principio de su libertad y la destrucción de la tiranía, trajo a Platón de Italia a Siracusa e inclinó a Dion a escuchar su doctrina, siendo éste todavía muy joven, pero teniendo para aprender más disposición que cuantos acudieron a oír al filósofo y mayor presteza y diligencia para seguir la virtud, como el mismo Platón lo dejó escrito y los hechos lo testifican. Porque con haber sido educado bajo el tirano en costumbres oscuras, y avezándose a una conducta sujeta y tímida, a hacerse servir con orgullo, a un lujo desmedido y a un método de vida propio de quien hace consistir lo honesto en los placeres y en la satisfacción de los deseos, no bien llegó a probar el fruto de la razón y de una filosofía adiestradora a la virtud cuando al punto se inflamó su espíritu, y gobernándose por su excelente disposición a lo bueno, con ánimo sencillo y juvenil esperó que en Dionisio haría igual impresión la misma doctrina, y así trabajó y se afanó por que éste, quitando algún tiempo a los negocios, acudiera también a oír a Platón.

V. Llegado el caso de que lo oyese, el filósofo habló en general de la virtud y trató después largamente de la fortaleza, para probar que los tiranos de todo tienen más que de fuertes; y como, convirtiendo luego su discurso a la justicia, hiciese ver que sólo es vida feliz la de los justos, y la de los injustos infeliz y miserable, no pudo ya el tirano aguantar aquellos discursos, creyéndose reprendido, y se incomodó con los que se

hallaban presentes, porque le oían con admiración y se mostraban encantados de su doctrina. Por último, irritado, le preguntó con enfado qué era lo que quería con su venida a Sicilia; y como le respondiese que buscaba un hombre de bien, le replicó el tirano: “Pues a fe que parece que todavía no lo has encontrado.” Creyó Dion que el enojo no pasaría más adelante, y se dio prisa a acompañar a Platón a una galera que conducía a la Grecia al espartano Polis; pero Dionisio había enviado reservadamente quien rogara a Polis, como objeto principal, que diera muerte a Platón; y si esto no, que no dejara de venderlo, pues que ningún daño le haría, sino que, siendo justo, sería igualmente feliz en medio de la servidumbre. Dícese, por tanto, que Polis llevó a Platón a Egina y lo vendió, teniendo los Eginetas guerra con los Atenenses, y habiendo publicado por bando que el Atenense que fuese hecho cautivo se vendiese en Egina. Mas no por esto fue Dion tenido de Dionisio en menor honor y aprecio, pues desempeñó embajadas muy importantes, enviado a los Cartagineses, y continuó siempre admirado en gran manera, sufriendo de él sólo Dionisio que le hablara con libertad y le dijera sin recelo lo que se le ofreciese, como se vio en la reprensión acerca de Gelón. Porque estaban, a lo que parece, haciendo mofa del reinado de Gelón, y como dijese el mismo Dionisio que había sido la risa de la Sicilia, los demás fingieron celebrar mucho el chiste; pero Dion, indignado: “Pues tú mandas- le dijo- porque a causa de Gelón tuvieron en ti confianza; pero por ti ya no la alcanzará ningún otro”; porque, en realidad, Gelón hizo ver el más bello espectáculo en una ciudad gobernada monárquicamente, y Dionisio el más feo y abominable.

VI Tenía Dionisio tres hijos de la Locrense y cuatro de Aristómaca, de los cuales dos eran hembras. Sofrósina y Áreta, y de éstas, a Sofrósina la casó con Dionisio su hijo, y a Áreta con su hermano Teárides. Muerto éste, Dion tomó por mujer a Áreta, que era su sobrina. Enfermó en esto Dionisio en términos de desconfiarse de su vida, e intentó Dion hablarle de los hijos de Aristómaca; pero los médicos, para lisonjear al que iba a suceder en la autoridad, no le dieron tiempo, sino que, según dice Timeo, propinándole a su petición una medicina narcótica, le privaron de sentido, juntando el sueño con la muerte. Con todo, a la primera conferencia que tuvieron con Dionisio el Joven las personas de su confianza, habló Dion con tal tino acerca de lo que, según las circunstancias, convenía, que hizo ver que a su lado no eran todos los demás en prudencia sino unos muchachos, y en franqueza y libertad unos esclavos de la tiranía, aconsejando aquel joven baja y cobardemente a medida de su gusto. Sobre todo, dejó pasmados a los que estaban temblando por el peligro que al poder de Dionisio amenazaba de parte de Cartago, ofreciendo que si Dionisio deseaba la paz, pasando al África al punto haría cesar la guerra con las mejores condiciones, y si apetecía la guerra, mantendría a sus expensas y le daría para hacerla cincuenta galeras equipadas.

VII. Maravillóse sobremanera Dionisio de su magnanimidad, y se pagó mucho de su pronta disposición a servirle; pero los otros, dándose por reprendidos con su largueza, y por humillados con su poder, tomando de aquí mismo principio, no se abstuvieron de expresión ninguna con que pudieran excitar odio en aquel joven contra él, persuadiéndole que por medio de las fuerzas marítimas aspiraba a la tiranía, y que quería con las naves traspasar el poder a los hijos de Aristómaca, que eran sus sobrinos, aunque las causas principales para el odio y la envidia las tomaban de la diferencia de su conducta y de la ninguna semejanza en el tenor de vida. Porque aquellos, apoderándose desde luego del trato y la confianza de un tirano joven y mal educado con placeres y lisonjas, estaban continuamente inventando algunos amores y distracciones no interrumpidas, de beber, de frecuentar mujerzuelas y de otros pasatiempos indecorosos, con los que, dulcificada la tiranía como el hierro, apareció humana a los gobernados, y cedió de la misma dureza, embotada, no tanto por la bondad y mansedumbre como por

la desidia del tirano. Desde aquel punto, yendo siempre a más, y creciendo de día en día la relajación de aquel joven, rompió ésta y quebrantó aquellas ataduras de diamante con que dijo Dionisio el Mayor dejaba asegurada la monarquía; porque, según es fama, luego que se dio a estos excesos, hubo ocasión en que pasó noventa días seguidos en beber, y en todo este tiempo, estando el palacio cerrado e inaccesible a los negocios serios, sólo le ocuparon las embriagueces, las befas, las canciones, las danzas y las truhanadas.

VIII. Hacíase, pues, Dion molesto, como era natural, no teniendo ninguna blandura ni condescendencia juvenil; por lo que aquellos, dando a sus virtudes con cierta apariencia nombres de vicios, graduaban de soberbia su gravedad, y de insolencia su franqueza: si hacía amonestaciones, parecía que los acusaba, y si no se prestaba a sus extravíos, que los miraba con desprecio. Por otra parte, su mismo genio le inclinaba a cierta entereza y severidad poco accesible y comunicable para el trato, pues no sólo no era afable y risueño para un joven cuyos oídos estaban corrompidos con las lisonjas, sino que aun muchos de los que le tenían más tratado, y a quienes agradaba más la sencillez e ingenuidad de sus costumbres, reprendían en sus audiencias el que hablaba a los que tenían negocios con más aspereza y despego de lo que convenía; sobre lo que Platón, como profetizando, le escribió más adelante que pusiera cuidado y se fuera a la mano en la terquedad, que regularmente se contrae viviendo solo. Mas, sin embargo, aun entonces mismo, cuando parecía que se le tenía en grande aprecio por los negocios, y porque era el único que mantenía y conservaba en pie la tiranía conmovida y vacilante, conocía él que, si era el primero y el mayor, no se debía a la voluntad del tirano, sino a la necesidad que de él tenía.

IX. Pensando que la causa de esto era la falta de instrucción, trabajaba por inclinarse a los estudios liberales y a que gustara los discursos y doctrinas que forman las costumbres, para que dejara de temer la virtud y se acostumbrara a complacerse con las cosas honestas; porque no era por índole este Dionisio de los tiranos más perversos, sino que su padre, por temor de que mudara de modo de pensar, y juntándose con hombres prudentes le armara asechanzas y le privara de la autoridad, le tenía cerrado estrechamente en su casa, ocupado, a falta de todo otro trato y de negocios en que ejercitarse, en hacer carritos, candeleros, sillas y mesas de madera. Porque Dionisio el Mayor era hombre tan desconfiado y tan suspicaz y medroso respecto de todos los hombres, que no se cortaba el cabello con navaja de afeitar, sino que venía un barbero para quemárselo con un carbón. A su habitación no entraban ni su hermano ni su hijo con los vestidos que llevaban, sino que para pasar adelante era necesario que se desnudara cada uno de la ropa con que iba vestido y tomara otra, viéndole desnudo los de la guardia. Porque una vez su hermano Léptines, para hacerle la descripción de un terreno, tomando la lanza de uno de los de la guardia, dibujó con ella aquel sitio, al hermano le riñó ásperamente, y al que le dio la lanza le quitó la vida. De sus amigos se guardaba con sumo cuidado por lo mismo que conocía su capacidad y prudencia, pues decía que los tales más quieren dominar que ser dominados. A un tal Marsias, que él mismo había promovido, y a quien había nombrado para una comandancia, le dio asimismo muerte porque había tenido un sueño en el que le parecía que pasaba con la espada al mismo Dionisio, diciendo que el haber tenido entre sueños esta visión nacía de haber meditado y hablado frecuentemente sobre ello; tan tímida y tan llena de maldades tenía el alma por el miedo aquel mismo, que se irritó con Platón porque no hizo ver que era el más esforzado de los hombres.

X. Viendo, pues, Dion al hijo de Dionisio pervertido y estragado en sus costumbres, como hemos dicho, por falta de educación, lo exhortaba a que procurase instruirse, a que rogara con todo encarecimiento al mayor de los filósofos que viniera a Sicilia, y

venido que fuese, se pusiera en sus manos, para que, formadas por la razón sus costumbres a la virtud, y asemejado él mismo al ejemplar más divino y más hermoso de cuanto existe, al que cuando obedece todo lo criado, destruido el desorden, resulta lo que llamamos mundo, se procurara a sí mismo y a sus ciudadanos la mayor felicidad; haciendo que lo que ahora ejecutan éstos de mala gana por la necesidad del mando, lo ejecutasen con placer, viéndole mandar paternalmente con prudencia y justicia, y convertido en rey de tirano, pues que las cadenas diamantinas no eran, como decía su padre, el temor, la violencia, la muchedumbre de las naves ni la guardia de diez mil bárbaros, sino el amor, la pronta voluntad y el agradecimiento, producidos por la virtud y la justicia; cosas que, aunque parecen más suaves que aquellas otras fuertes y duras, dan mayor estabilidad al mando. Fuera de esto, decía ser poco airoso y apetecible que el que manda sobresalga en los adornos del cuerpo y en la brillantez de su casa y que se confunda en la conversación y en el modo de explicarse con el hombre más oscuro, y que no procure tener regia y convenientemente adornado el palacio de su alma.

XI Como Dion le hiciese frecuentemente estas exhortaciones, mezclando en ellas algunos de los discursos de Platón, excitó en Dionisio un vehemente y furioso deseo de la doctrina y enseñanza de Platón. Enviáronse, pues, al punto a Atenas muchas cartas de parte de Dionisio, y muchas protestas de parte de Dion, a las que se agregaron otras de los Pitagóricos de Italia, instando también para que viniese, y ocupando aquella alma nueva, descaminada con la opulencia y el poder, la contuviese con los más poderosos discursos. Platón, avergonzándose, como dice él mismo, de que pareciese que sólo en palabras valía algo, no siendo para emprender obra alguna, y esperando que corregido un hombre solo, como un miembro principal, en él podría sanarse toda la Sicilia doliente, accedió a la venida. Mas los enemigos de Dion, temiendo ya la mudanza de Dionisio, le persuadieron que restituyera del destierro a Filisto, hombre ejercitado en la elocuencia, e instruido en las artes de la tiranía, a fin de tener en él un contrarresto contra Platón y la filosofía. Porque Filisto desde los primeros momentos de establecerse la tiranía se puso decididamente de su parte y defendió la ciudadela, habiendo sido largo tiempo comandante de su guardia. Corría, además la voz de que tenía cierto trato con la madre de Dionisio el Mayor, no sin conocimiento de éste; pero después que ocurrió que Léptines, de una mujer que tomó para sí estando casada con otro, tuvo dos hijas, y dio la una en mujer a Filisto sin participarlo en ninguna manera a Dionisio, irritado éste, hizo poner en custodia y aprisionar a la mujer de Léptines, y desterró de la Sicilia a Filisto, el cual se acogió a unos huéspedes suyos a orillas del Adriático, y allí disfrutando de ocio, parece que fue donde compuso la mayor parte de su historia. Porque no volvió en vida de Dionisio el Mayor sino que ahora, después de su muerte, lo restituyó, como decimos, la envidia de estos otros contra Dion, por ser de su partido y un firme apoyo de la tiranía.

XII. Vuelto Filisto, al punto se asoció a la tiranía, habiendo al mismo tiempo denuncias y acusaciones de otros contra Dion ante el tirano sobre que había tratado con Teódotes y Heraclides para destruir la tiranía. Y, a lo que parece, él esperaba poder despojar a ésta por medio de Platón, cuando llegase, de lo que tenía de demasiado despótica y desmandada, haciendo de Dionisio un imperante benigno y legítimo; mas si se resistía y no se ablandaba, tenía resuelto destruir su autoridad y restituir a los Siracusanos su gobierno, no porque le agradase la democracia, sino porque la prefería a la tiranía para los que no acertaban a establecer una aristocracia justa y saludable. XIII. Este era el estado de los negocios cuando llegó Platón a Sicilia; en el primer recibimiento se le hicieron los mayores honores y obsequios, pues al apearse de la galera estaba preparada una de las carrozas reales adornada magníficamente, y el tirano hizo un pomposo sacrificio, como si la ciudad hubiera tenido algún próspero suceso. Por otra parte, la

moderación en los convites, el arreglo del palacio y la mansedumbre del mismo tirano en cuantos negocios ocurrían hicieron concebir a los ciudadanos las más lisonjeras esperanzas de una mudanza. Había una especie de manía en todos por la doctrina y la filosofía, y aun dura la voz de que el palacio estaba lleno de polvo de tantos como eran los que trazaban líneas geométricas. Al cabo de pocos días se celebraba en palacio un sacrificio solemne y patrio, y haciendo el heraldo, según costumbre, la plegaria de que se conservase inalterable la tiranía por largo tiempo, se refiere que Dionisio, que se hallaba presente, le increpó diciendo: “¿No cesarás de maldecirme?” Disgustó sobremanera este suceso a Filisto, por creer que el poder de Platón sería con el tiempo y la costumbre invencible si ahora con una ligera conferencia así había cambiado y mudado el ánimo de aquel joven.

XIV. De aquí en adelante se censuró ya a Dion, no por uno u otro solamente y en voz baja, sino por todos y en público, pues decían: “Está visto el objeto que tiene en embaucar y en cierta manera encantar a Dionisio con la doctrina de Platón, para que, abdicando y renunciando éste voluntariamente la autoridad, recaiga en él mismo, y pase después a los hijos de Aristómaca, que son sus sobrinos...” Algunos, fingiéndose disgustados, decían: “No ha mucho que los Atenienses llegaron aquí con poderosa fuerza de mar y tierra, y se gastaron y destruyeron antes de tomar a Siracusa, y ahora disuelven la tiranía de Dionisio por medio de un sofista, persuadiéndole que, retirándose de los diez mil estipendiarios, y dejando sus trescientas naves, los diez mil caballos y un número de infantes muchas veces mayor, se entretenga en buscar en la academia el tan celebrado último bien, y se haga feliz por medio de la geometría abandonando la felicidad del imperio, de la opulencia y del regalo a Dion y a sus sobrinos.” Habiéndose seguido a esto desde luego sospechas, y después enojo y división manifiesta, se le entregó reservadamente a Dionisio una carta escrita por Dion a los magistrados de Cartago, en que les decía que cuando hubieran de tratar de paz con Dionisio no fueran a verle sin hallarse él presente, para que por él se arreglara todo a su satisfacción. Esta carta la leyó Dionisio a Filisto, y habiendo conferenciado con él, según dice Timeo, se dirigió con una fingida reconciliación a Dion, con quien al efecto usó de afectadas excusas; y diciéndole que todo estaba ya acabado, lo llevó solo por debajo del alcázar hacia el mar, donde le mostró la carta, haciéndole reconvenciones sobre que, ayudado de los Cartagineses trataba de rebelarse contra él. Quiso Dion defenderse, pero no le dejó, sino que como estaba le hizo embarcar en un barquichuelo, dando orden a los marineros de que lo condujeran a Italia, y allí lo echaran en tierra.

XV. Hecho esto, luego que se publicó y divulgó entre todos, ocupó el llanto la casa del tirano a causa de las mujeres, y toda la ciudad de Siracusa se puso en movimiento esperando novedades y repentinas mudanzas del tumulto excitado contra Dion y la desconfianza de los demás para con el tirano; lo que, advertido por Dionisio, como también entrase en recelos, procuró consolar a los amigos de Dion y a las mujeres, queriendo hacerles entender que aquello no era destierro, sino una peregrinación para quitar el motivo de hacer quizá, impelido de la ira, alguna cosa peor contra la firmeza de aquel, estando presente. Puso dos naves a disposición de la familia de Dion, dándoles orden de que cargaran en ellas cuanto quisieran de su hacienda y sus esclavos y se lo llevaran al Peloponeso. Era grande la riqueza de Dion, y casi tiránicos su pompa y aparato para el servicio cotidiano; todo lo recogieron y condujeron sus amigos.

Enviáronle además de esto otras muchas cosas las mujeres y otros de sus allegados y deudos, de manera que en caudales y riqueza hacía un papel muy brillante entre los Griegos, y en la opulencia del desterrado se echaba bien de ver el poder de la tiranía.

XVI Hizo al punto Dionisio que Platón se trasladara a la ciudadela, preparándole así una honrosa prisión bajo la forma de un benigno hospedaje, para que no marchara con Dion

a dar testimonio de la injusticia que a éste había hecho. Mas con el tiempo y la continuación de estar juntos, acostumbrado, como fiera que es tocada y manejada del hombre, a sufrir su trato y su doctrina, llegó a tomarle un amor tiránico, queriendo ser él solo amado de Platón y admirado sobre todos los demás, y manifestando que estaba pronto a hacer mudanza en los negocios y en la tiranía misma siempre que no tuviera en más que su amistad la de Dion. Era, pues, para Platón una verdadera desgracia esta pasión de Dionisio, furioso de celos, como los amantes desatendidos, y que, como ellos, en breves instantes se irritaba, se aplacaba e interponía ruegos, deseando con ansia oír sus discursos y participar del estudio de la filosofía, pero avergonzándose de este deseo ante los que trataban de separarle de él, como si aquello fuera dejarse corromper. Ocurrió en esto una guerra, y despidió a Platón, conviniendo en que restituiría a Dion para el verano. Y en esto le faltó, pero le envió las rentas que producían sus posesiones, rogando a Platón que, en cuanto al tiempo, le admitiera la excusa de la guerra, pues luego que se hiciera la paz restituiría a Dion; mas que le encargara que entre tanto estuviera tranquilo, sin promover novedad ninguna ni desacreditarle entre los Griegos.

XVII. Procuró Platón que así lo hiciese, y llamando la atención de Dion hacia la filosofía, lo mantenía en su escuela en la Academia. En la ciudad habitaba en casa de un tal Calipo, conocido suyo, y para recreo adquirió un campo, del que después, al restituirse a Sicilia, hizo donación a Espeusipo. Era éste uno de los amigos con quien más trataba y conversaba en Atenas, queriendo Platón templar y amenizar las costumbres de Dion con un trato sazonado y chistoso, y que oportunamente se prestaba también a los estudios serios, porque éste era el carácter de Espeusipo, por el que le celebró como gracioso y festivo Timón en sus versos jocosos. Dando en este tiempo Platón un coro de mancebos, Dion fue el que ejercitó el coro y quien hizo todo el gasto, fomentando Platón para con los Atenienses esta ambición y munificencia, que más bien procuraba favor a Dion que gloria a él mismo. Recorría Dion las demás ciudades, y en ellas conversaba y andaba en concurrencias y fiestas con los varones más virtuosos y más versados en los negocios, sin mostrar modales orgullosos, tiránicos o afeminados, sino modestia, virtud y fortaleza; pasaba el tiempo en conferencias sazoadas sobre las letras y la filosofía, con lo que se ganó la estimación de todos, y honores públicos y decretos de parte de las ciudades. Los Lacedemonios lo hicieron Espartano, despreciando el enojo de Dionisio, sin embargo de que entonces los estaba auxiliando eficazmente contra los Tebanos. Dícese que en una ocasión convidó a Dion Pteodoro de Mégara a que pasara a su casa; era Pteodoro, según parece, un hombre poderoso y rico; viendo, pues, Dion a su puerta mucha gente y turba de negociantes, y que a él mismo había dificultad en hablarle y verle, como observase que, sus amigos lo llevaban mal y se incomodaban: “¿Por qué vituperáis a éste?- les dijo-; nosotros hacíamos otro tanto en Siracusa.”

XVIII. Al cabo de algún tiempo concibió celos Dionisio, y temiendo del aprecio y amor que Dion se había adquirido entre los Griegos, dejó de enviarle sus rentas, poniendo la hacienda de éste al cuidado de sus propios administradores. Queriendo además desvanecer con los filósofos la mala opinión que por Platón tenía, reunió muchos de los que pasaban por hombres instruidos, y aspirando a la gloria de aventajarse a todos en la disputa, se veía en la precisión de usar mal de las especies que a éste había oído. Volvió otra vez a desearle, y se reprendía a sí mismo de no haber sabido aprovecharse de su presencia, ni haberle oído por todo el tiempo que le convenía; y como tirano, arrebatado en sus deseos y pronto para la ejecución de todo proyecto, puso al punto por obra el de hacer venir a Platón, y no dejó piedra por mover hasta alcanzar de Arquitas y los otros Pitagóricos que, constituyéndose fiadores de sus promesas, llamaran a Platón, pues por medio de éste habían contraído al principio amistad y hospitalidad con Dionisio.

Enviáronle, pues, éstos a Arquedemo, y Dionisio mandó barcos y amigos que rogaran a Platón. Escribió, además, con entereza y claridad que ninguna benigna condición obtendría Dion si Platón no se prestaba a pasar a Sicilia, pero si se prestaba, todas. Llegáronle asimismo a Dion repetidas instancias de su hermana y su mujer para que rogase a Platón condescendiera con Dionisio, y no lo dieran ningún pretexto. De este modo dice Platón que se resolvió a pasar por tercera vez el mar de Sicilia, Para otra vez probar la cruel Caribdis.

XIX. Yendo, pues, fue grande el gozo que causó a Dionisio y grande la esperanza de que llenó a la Sicilia, que también había hecho plegarias, y deseaba con ansia que Platón viniera a contraponerse a Filisto, y la filosofía a la tiranía. Era asimismo extraordinario el placer con que lo recibieron las mujeres, y singular la confianza que inspiró a Dionisio, como ningún otro, siéndole permitido presentarse ante él sin haber pedido permiso. Como éste le hiciese repetidas veces dádivas y él las rehusase otras tantas, Aristipo de Cirene, que se hallaba allí a la sazón, dijo que Dionisio era magnánimo con seguridad, porque a ellos que necesitaban de muchas cosas les daba poco, y mucho a Platón, que no recibía nada. Después de los primeros obsequios, habiendo empezado Platón a hablar de Dion, al principio se desentendía Dionisio; después ya tuvieron lugar las quejas y la enemistad, ocultas por entonces a los de afuera; porque Dionisio las disimulaba, y con otros agasajos y honores procuraba apartar a Platón de su amor a Dion, bien que a aquel no se le ocultaron desde luego su mala fe y sus engaños, sino que aguantaba y disimulaba. Hallábanse entre sí en esta disposición, creyendo que los demás no lo entendían; pero sucedió que Helicón de Cícico, uno de los amigos de Platón, predijo un eclipse de sol; y habiendo sucedido como lo anunció, admirado el tirano, le dio de regalo un talento de plata; y Aristipo, chanceándose con los otros filósofos, les dijo que él también tenía que anunciar un suceso extraño. Como le rogasen que lo expresara: “Anuncio- les dijo- que de aquí a breve tiempo Platón y Dionisio serán enemigos.” Ello es que Dionisio vendió luego la hacienda de Dion, y se guardó el dinero, y a Platón, que tenía su habitación en el jardín de la casa, lo trasladó al cuartel de las tropas extranjeras, que muy de antemano lo aborrecían y buscaban medio de perderle a causa de que persuadía a Dionisio que abdicara la tiranía y viviera sin guardias.

XX. Estando Platón en tan gran peligro, Arquitas, que lo llegó a entender, envió al punto una embajada y una galera de treinta remos, reclamándole de Dionisio, y haciendo a éste presente que no había pasado Platón a Siracusa sino en virtud de haberlos tomado a ellos por fiadores de su seguridad. Procuraba Dionisio excusar su enemistad contra Platón con banquetes y con otros obsequios que le hacía cuando estaba para despedirle, llegando hasta prorrumper en esta expresión: “¿Podremos temer ¡oh Platón! que nos hagas graves y terribles recriminaciones con tus discípulos?”: a lo que, sonriéndose, “No permita Dios- le respondió- que en la Academia estemos tan faltos de asuntos que tratar que nos quede tiempo para hacer memoria de ti” Y con esto se dice que aquel le despidió; pero en verdad que no guarda gran consonancia con esta relación lo que el mismo Platón nos ha dado escrito.

XXI Servían estas cosas a Dion de sumo disgusto; y al cabo de poco se consideró en la precisión de hacerle la guerra, luego que llegó a entender lo ocurrido con su mujer, sobre lo que Platón había escrito con alguna oscuridad a Dionisio, y fue en esta forma. Después del destierro de Dion, Dionisio, al dejar marchar a Platón, le hizo el encargo de informarse reservadamente de si habría algún inconveniente en casar a su mujer con otro, porque corría la voz verdadera o fingida por los enemigos de Dion, de que el matrimonio de éste no había sido a su gusto, ni vivía en grande armonía con su mujer. Por tanto, luego que Platón llegó a Atenas y trató con Dion de todos los negocios,

escribió al tirano una carta en que hablaba con claridad de todo, pero poniendo esta especie para él solo: que había hablado con Dion de aquel asunto, y no le quedaba duda de que se daría por muy ofendido si Dionisio lo llevase al cabo. Como por entonces hubiese grandes esperanzas de un acomodamiento, ninguna novedad hizo con la hermana y la dejó permanecer en palacio con el hijo de Dion; pero cuando del todo se descompusieron y Platón fue otra vez despedido con enfado, entonces casó a Áreta, contra su voluntad, con Timócrates, uno de sus amigos, no imitando en esto la condescendencia de su padre. Porque según parece se declaró enemigo de éste Políxeno, que estaba unido en matrimonio con su hermana Testa, y habiendo huido Políxeno por miedo y retirándose de la Sicilia, envió a llamar a la hermana y le dio quejas de que sabiendo la huída de su marido no se la participó; pero ésta, sin sobresaltarse ni concebir el menor temor: “Tan mala casada te parezco ¡oh Dionisio!- le dijo-, y tan desavenida con mi marido, que, si hubiera tenido noticia de su huída, no me había de haber ido con él para participar de su suerte? Pero no la tuve, pues por mejor hubiera tenido llamarme mujer de Políxeno fugitivo que hermana de un tirano.” Habiéndole hablado Testa con esta entereza, se dice que se admiró el tirano, y admiraron asimismo los Siracusanos su virtud, en términos que, después de disuelta la tiranía, siempre le tributaron distinciones y honores regios, y después de su muerte acompañaron su entierro todos los ciudadanos. Paréceme que ésta no es una digresión inútil.

XXII. Dion desde entonces convierte ya su ánimo a la guerra, no entrando en ella Platón por respeto a la hospitalidad de Dionisio y por su vejez; pero inflamando a Dion, Espeusipo y otros de sus amigos, y exhortándole a dar la libertad a la Sicilia, que le tendía las manos y le recibiría con los brazos abiertos; porque, según parece, mientras Platón residió en Siracusa, Espeusipo y los demás filósofos tuvieron más trato con aquellos habitantes, y se enteraron mejor de su modo de pensar; pues aunque al principio por temor se recataban y guardaban, recelando que aquello pudiera ser tentativa del tirano, al fin ya tuvieron confianza; y entonces era uno mismo el lenguaje de todos, pidiendo e instando que viniera Dion, aunque no tuviera naves, ni infantería, ni caballería, embarcándose sólo en una nave de comercio, para prestar su persona y su nombre a los Sicilianos contra Dionisio. Enterado de todo esto por Espeusipo, se confirmó en su propósito, aunque para ocultarlo reclutó tropas estipendiarias reservadamente y por medio de interpuestas personas. Auxiliáronle en él muchos hombres de estado y muchos filósofos, con Eudemo de Chipre, a quien después que ya había muerto dedicó Aristóteles su diálogo del alma, y Timónides de Léucade. Habían traído asimismo a su partido a Miltas Tévalo, varón dado a la adivinación, y uno de los concurrentes a la Academia. De los que habían sido desterrados por el tirano, que no bajaban de mil, sólo veinticinco se alistaron en el ejército, separándose de la expedición por miedo los demás. Era el punto de reunión la isla de Zacinto, adonde acudieron los soldados, que no llegaron a ochocientos, pero todos hombres acreditados en muchos y grandes combates y, por tanto, muy ejercitados y aguerridos; así, en pericia y valor eran muy aventajados, y los más propios para inflamar y llenar de ardimiento al gran número de hombres decididos que esperaba Dion tener en la Sicilia.

XXIII. Con todo, cuando éstos oyeron por la primera vez que aquel ejército se formaba contra Dionisio y la Sicilia, se quedaron aturridos, y decayeron de ánimo, pareciéndoles que sólo cegado y enfurecido con la ira, o desesperado de poder reunir mayores medios, se arrojaba Dion a un hecho temerario, y a sus jefes y reclutadores los reconvinieron con enfado por no haberles anunciado desde luego la guerra a que eran destinados. Mas después que Dion les hizo ver lo deleznable y podrido de la tiranía, y los enteró que más bien que como soldados los llevaba como caudillos de los muchos Siracusanos y Sicilianos que hacía tiempo se hallaban dispuestos a abrazar su partido, y después que

enseguida de Dion les habló Alcímenes, que, siendo entre los Aqueos el primero en gloria y linaje, había concurrido a la expedición, se tranquilizaron y volvieron a su primera confianza. Era esto en medio del verano, reinando los vientos efesios en el mar, y la luna se hallaba en el plenilunio. Dispuso, pues, Dion un magnífico sacrificio a Apolo, acompañándole en gran pompa los soldados al templo con las armas empavesadas, y después del sacrificio, teniendo mesas preparadas, les dio en el circo de los Zacintios un espléndido banquete, en el que, maravillándose de la vajilla de oro y plata y de las mesas preciosas, muy superior todo a la opulencia de un particular, reflexionaron que un hombre ya de cierta edad y dueño de tanta riqueza no se arrojaría a empresas de tamaña entidad sin una esperanza cierta y sin contar con amigos que desde allá le ofrecieran grandes y cuantiosos auxilios.

XXIV. Después de las libaciones y de las solemnes plegarias se eclipsó la luna, lo que ninguna maravilla causó a Dion, que sabía calcular los períodos de los eclipses y cuándo la sombra llega a oscurecer la luna, interponiéndose la tierra entre ésta y el sol; pero siendo conveniente dar aliento a los soldados que se habían sobresaltado, púsose en medio de ellos el adivino Miltas, diciéndoles que tuvieran buen ánimo y formaran las mejores esperanzas, porque aquel portento lo que significaba era el oscurecimiento de cosas que entonces brillaban, y que no habiendo cosa más brillante que la tiranía de Dionisio, apagarían su esplendor en el momento que llegaran a la Sicilia. Esto fue lo que Miltas anunció en público a todos; pero en cuanto a las abejas que se vieron formar enjambre en la popa de una de las naves de Dion, dijo reservadamente a los amigos que esto le hacía temer no fuera que, siendo desde luego brillantes sus sucesos, al cabo de haber florecido por un breve tiempo, se marchitasen. Dícese asimismo que a Dionisio le fueron enviadas muchas señales prodigiosas de parte de los dioses; porque un águila arrebató la lanza de uno de los soldados estipendiarios, y levantándola y llevándola a grande altura, la dejó caer al abismo. El mar que bate en la ciudadela ofreció un día agua dulce y potable, cosa que se hizo notoria a todos habiéndola gustado. Nacióronle unos lechoncillos que tenían todos sus miembros cabales, faltándoles sólo las orejas. Revelaban los adivinos que esto era indicio de rebelión y desobediencia, significando que los ciudadanos no se someterían ya a su tiranía, que la dulzura del agua del mar indicaba para los Siracusanos la mudanza de sus negocios de mal en bien, y, finalmente, que el águila es ministro de Zeus, la lanza insignia de autoridad y poder, y con lo ocurrido denunciaba desaparacimiento y ruina a la tiranía el mayor de los dioses. Así nos lo dejó escrito Teopompo.

XXV. Embarcáronse los soldados de Dion en dos transportes, yendo en pos de ellos un tercer barco de pequeño porte y dos falúas de treinta remos. Llevaba, además de las armas que tenían los soldados, doscientos escudos, muchas ballestas y lanzas y gran provisión de víveres, para que nada les faltase en la navegación, mayormente habiendo de hacerla en alta mar a velas desplegadas, por temor de la tierra y por saber que Filisto se hallaba surto en Yapigia con su escuadra para observarle. Tuvieron un viento bonancible y blando por doce días, y al décimotercio se hallaba frente al Paquino, promontorio de Sicilia. Propuso, desde luego, el piloto a Dion que desembarcaran cuanto antes, pues si se apartaban de tierra y voluntariamente se alejaban del promontorio, habían de tener que andar muchos días y muchas noches errantes por el mar, esperando en el fin del verano que se levantara el viento ábrego; pero Dion, temiendo el desembarco cerca de los enemigos, y prefiriendo el acometer por lo más retirado, mandó pasar adelante del Paquino. En seguida se movió un viento cierzo, que con encrespadas olas retiró las naves de la Sicilia, y al mismo tiempo truenos y relámpagos, al aparecer del Arcturo, movieron en el aire gran tempestad con copiosa lluvia, con lo cual perdieron el tino los marineros, y yendo perdidos por el mar, se

hallaron de repente con que las naves habían sido impelidas del viento a Cercina de África, por aquella parte por donde se presenta más inaccesible y brava la playa de la isla. Estando, pues, a pique de estrellarse en aquellos escollos, hicieron fuerza de remo para apartarse, lo que con dificultad consiguieron, hasta que la tempestad se aplacó, y tropezando por fortuna con un barco, supieron que se hallaban en el sitio llamado las Cabezas de la gran Sirte. Desmayaron con esta desagradable noticia, y más reinando entonces una gran calma; pero de pronto se levantó un viento húmedo de tierra de la parte de Mediodía cuando menos lo esperaban; tanto, que aun experimentándola, no creían aquella mudanza. Arrecióse, pues, poco a poco, y tomó cuerpo el viento, con lo que, desplegando todas las velas y dando gracias a los dioses, se engolfaron con rumbo a Sicilia, huyendo del África, y con rápido curso al quinto día arribaron a Minoa, pueblo pequeño de Sicilia perteneciente a la dominación de Cartago. Hallábase allí a la sazón el comandante cartaginés Sínalo, huésped y amigo de Dion; mas como no tuviese noticia de su venida ni de que le perteneciese aquella escuadra, trató de impedir el desembarco de los soldados; pero éstos salieron al encuentro armados, y aunque a nadie mataron, porque Dion se lo previno así por su amistad con el comandante, persiguieron a los fugitivos, y se apoderaron del distrito. Mas luego que los caudillos se vieron y saludaron, Dion restituyó la ciudad a Sínalo sin haber hecho en ella el menor daño, y éste, dando alojamiento a los soldados, proveyó a Dion de las cosas de que tenía necesidad.

XXVI Lo que principalmente los alentó fue lo ocurrido con la casual ausencia de Dionisio, el cual hacía muy poco que con ochenta naves había marchado a Italia. Así, aunque Dion exhortaba a los soldados a que se repusieran allí por algunos días, hallándose mal, parados de resulta de haber estado tan largo tiempo en el mar, ellos no lo permitieron, apresurándose a aprovechar la ocasión, por lo que clamaban que Dion los llevase a Siracusa. Descargando, pues, allí todo el sobrante de armas y demás efectos, y encargando a Sínalo que se lo remitiese cuando hubiese oportunidad, marchó para Siracusa. Apenas se había puesto en camino se le pasaron doscientos caballos de los Agrigentinos que habitan el Écnomo, y después de éstos los Geloos. Corrió prontamente la voz por Siracusa, y Timócrates, el que estaba casado con la mujer de Dion, hermana de Dionisio, puesto al frente de los amigos que habían quedado en la ciudad, envió al punto a Dionisio un mensajero con cartas en que le avisaba la llegada de Dion, en tanto atendía a los alborotos y movimientos de la ciudad, en la que todos estaban ya en agitación, aunque por miedo y por no acabar de creerlo no se decidían; pero al mensajero le ocurrió un caso muy particular y extraño, y fue que, habiendo hecho su navegación a Italia, al pasar por los términos de Regio para ir a Caulonia, donde se hallaba Dionisio, se encontró con un amigo suyo que se retiraba con los restos de un sacrificio que acababa de hacer, y recibiendo de éste una porción de la carne, continuó con celeridad su viaje. Habiendo andado parte de la noche, le obligó el cansancio a reposar un poco, y así como estaba se echó a dormir en una selva al lado del camino. Al olor de la carne vino un lobo, y para llevársela, estando atada a la alforja, dio a correr llevándose también ésta, en la que estaban las cartas. Cuando el mensajero despertó y lo advirtió, dio muchas vueltas e hizo muchas diligencias en busca de la alforja, y como hubiese sido en vano, resolvió no ir sin las cartas a la presencia del tirano, sino más bien huir de él cuanto antes.

XXVII. No supo, pues, Dionisio sino tarde y por otros medios la guerra de Sicilia. A Dion se le unieron en la marcha los Camarineos, y le acudían en gran número, excitados con su venida, los que habitaban en los campos de Siracusa. Los Leontinos y Campanos, que con Timócrates guardaban el fuerte de Epípolas, habiéndoles llegado una voz falsa esparcida por Dion de que ante todas cosas se dirigía a sus ciudades, se

marcharon, abandonando a Timócrates para socorrer a los suyos. Luego que Dion, que se hallaba acampado en Macras, tuvo noticias de estos sucesos, movió cuando todavía era de noche sus soldados, y llegó al río Anapo, que no dista de la ciudad más que diez estadios. Deteniendo allí su marcha, sacrificó junto al río, y adoró al sol saliente. Predijéronle al mismo tiempo los adivinos la victoria de parte de los dioses, y como los que se le hallaban presentes viesan coronado a Dion durante el sacrificio, por un movimiento simultáneo se coronaron todos, no bajando de cinco mil los que se le habían agregado en el camino. Armados malamente con lo que pudo haberse a la mano, suplían con su buena voluntad la falta de armamento; de manera que al marchar Dion dieron a correr, excitándose y alentándose unos a otros con alegría y regocijo a la libertad.

XXVIII. De los ciudadanos que se hallaban en Siracusa, los más nobles y principales, vestidos de gala, corrieron a las puertas; pero la muchedumbre dio contra los amigos del tirano, e hizo pedazos a los llamados emisarios, hombres malvados y abominables, que, mezclándose entre los demás Siracusanos y fingiendo negocios, observaban cuanto pasaba y denunciaban al tirano el modo de pensar y de explicarse cada uno. Éstos, pues, fueron los primeros que llevaron su merecido, destrozados por los que con ellos se tropezaron. Timócrates, no habiendo podido incorporarse con los que custodiaban la ciudadela, montó a caballo y se salió de la ciudad, llenándolo todo con su huída de turbación y miedo, y exagerando las fuerzas de Dion, para que no pareciese que abandonaba la ciudad con ligero motivo. En esto ya Dion se acercaba y se dejaba ver, yendo el primero vistosamente armado, y a su lado de una parte su hermano Mégacles, y de la otra Calipo el Ateniese, con coronas sobre la cabeza. De los estipendiarios, ciento seguían a Dion, formando su guardia, y a los demás, bellamente adornados, los conducían los caudillos, saliendo a verlos los Siracusanos, y recibéndolos como una pompa sagrada y divina de la libertad y de la democracia, que al cabo de cuarenta y ocho años tornaba a la ciudad.

XXIX. Luego que Dion entró por la puerta Menítide, sosegado el alboroto, hizo publicar, a son de trompetas, que Dion y Mégacles, habiendo venido a destruir la tiranía, libertaban de la servidumbre del tirano a los de Siracusa y a los demás Sicilianos: y como quisiese hablar a los ciudadanos por sí mismo, subió por la Acradina, teniendo puestas los Siracusanos a uno y otro lado de la calle víctimas, mesas y tazas, y por doquiera que pasaba arrojaban sobre él flores y frutas, dirigiéndole plegarias como a un Dios. Había debajo de la ciudadela y de la Pentápila un reloj de sol, dispuesto por Dionisio, elevado y en parte que se descubría desde lejos. Subió a él, y arengó al pueblo, exhortando a los ciudadanos a recobrar la libertad. Estos, con muestras de gratitud y aprecio, los nombraron a ambos generales con absoluto poder, y a su voluntad y ruego eligieron otros veinte magistrados que los acompañaran en el mando, de los cuales la mitad eran de los que habían vuelto con Dion del destierro. Parecióles a los adivinos otra vez que el haber tomado Dion bajo sus pies para arengar aquello en que tenía puesta su vanidad Dionisio y había sido por él consagrado, era una, señal muy plausible; pero por cuanto era un reloj en el que estaba subido cuando se lo nombró general, temían no fuera que su suerte tuviese una repentina mudanza. Enseguida, tomando las Epípolas, puso a los ciudadanos presos en libertad, y formó trincheras delante de la ciudadela. Al día séptimo llegó a ésta Dionisio, y a Dion le trajeron en unos carros las prevenciones que había dejado confiadas a Sívalo. Distribuyólas entre los ciudadanos, y de los demás, cada uno se aliñó y preparó lo mejor que pudo, procurando mostrarse valientes soldados.

XXX. Dionisio envió desde luego, privadamente, mensajeros a Dion para descubrir terreno; pero diciéndoles éste que hablaran en común a los Siracusanos, como hombres

libres que eran, se hicieron por los mensajeros proposiciones muy humanas de parte del tirano, prometiéndoles moderar los tributos y no ser compelidos a otras guerras que las que con él decretasen; de lo que los Siracusanos se burlaron. Mas Dion respondió a los mensajeros que excusara Dionisio conferencias con aquellos mientras no se desistiese de la autoridad, pero que desistiéndose le ayudaría en cuanto pudiera necesitar, y en cualquiera otra cosa justa que pudiese, acordándose del deudo que entre los dos había. Aplaudióselo Dionisio, y otra vez le envió mensajeros proponiendo que pasaran a la ciudadela algunos de los Siracusanos, y que, cediendo éstos en unas cosas y él mismo en otras, tratarían de lo que pudiese ser útil a la ciudad. fueronle, pues, enviados aquellos ciudadanos que merecieron la confianza de Dion, y comenzó a hablarse mucho entre los Siracusanos de que Dionisio iba a abdicar la tiranía, más por su propia voluntad que por condescender con Dion: siendo todo esto dolo y ficción del tirano, y un lazo que a los Siracusanos armaba; porque a los que pasaron a hablarle los puso en un encierro, e hinchando de vino muy por la mañana a los soldados que tenía a sueldo, los envió a la carrera contra la muralla de circunvalación de los Siracusanos. Hecha así esta incursión imprevista por los bárbaros, con empeño de tomar a fuerza de arrojo y precipitación la muralla, a su primera acometida ninguno de los Siracusanos tuvo resolución para aguardar y defenderse, a excepción únicamente de los estipendiarios de Dion, los cuales apenas sintieron el alboroto acudieron a dar auxilio; pero ni aun éstos podían pensar en el modo de darle, no oyendo nada por la gritaría y dispersión de los Siracusanos, que huían por entre ellos y se los llevaban de paso, hasta que Dion, pues que nadie atendía a lo que decía, se propuso mostrarles con obras lo que debía hacerse, cargando el primero a los bárbaros, con lo que se trabó alrededor de él un repentino y reñido combate, ya que, siendo conocido no menos de los enemigos que de los propios, todos aquellos corrieron a acometerle a un tiempo. Hallábase ya Dion por razón de su edad más pesado de lo que para estos combates convenía; pero resistiendo y acuchillando con vigor y aliento a los que le cargaban, fue herido de lanza en una mano, y la coraza apenas bastaba ya a resistir a los dardos y a los golpes dados de cerca, pues pasaban el escudo, llegando a ser herido de muchos dardos y lanzas, hasta que, quebrantados aquella y éste, cayó Dion, y fue preciso que los soldados le arrebataran y salvaran. Nombróles entonces por caudillo a Timónides; y recorriendo la ciudad a caballo, contuvo a los Siracusanos en su fuga; y haciendo tomar las armas a los estipendiarios que custodiaban la Acradina, los condujo contra los bárbaros; a unos hombres descansados y en su primer fervor, contra los que se hallaban fatigados y desistían ya de la empresa; porque habiendo esperado apoderarse al primer ímpetu y acometida de toda la ciudad, como después se hubiesen encontrado, contra lo que se habían prometido, con hombres belicosos y valientes, se replegaron a la ciudadela. En la retirada fueron todavía más acosados por los Griegos, por lo que huyeron y se encerraron dentro de las murallas, no habiendo muerto más que a setenta y cuatro hombres de las tropas de Dion, y perdido ellos muchos más de los suyos.

XXXI Alcanzada, pues, esta brillante victoria, los Siracusanos coronaron y dieron por prez a cada uno de los estipendiarios cien minas, y éstos coronaron a Dion con corona de oro. Bajaron en esto heraldos de Darte de Dionisio, trayendo a Dion cartas de las mujeres relacionadas con él. Había entre las cartas una con este sobrescrito: “A mi padre, de Hiparino”; porque éste era el nombre del hijo de Dion, aunque Timeo dice que, del de su madre, Áreta, se llamaba Areteo; pero en estas cosas, más crédito debe darse, según entiendo, a Timónides, amigo y compañero de armas de Dion. Leyéronse a los Siracusanos las demás cartas, reducidas a quejas y ruegos de las que las enviaban; y aunque no querían permitir que se abriese en público la que se tenía por del hijo, porfió Dion y la abrió como las otras. Era, sin embargo, de Dionisio, quien, por lo que hace a

la letra se dirigía a Dion; pero en el contenido a los Siracusanos; y con apariencia de ruego y de justificación, se encaminaba a poner en mal a Dion. Porque contenía recuerdos de lo mucho que con tanto celo había hecho en favor de la tiranía; amenaza contra las personas que le eran más caras, la hermana, el hijo y la mujer, graves protestas mezcladas con lamentos, y, además, que fue lo que sobre todo le alteró, la propuesta que no destruyese, sino que tomase para sí la tiranía; ni diese la libertad a unos hombres que le aborrecían y le guardaban enemiga, sino que se quedase mandando para dar a sus deudos seguridad.

XXXII. Leída esta carta, no les ocurrió a los Siracusanos admirar la imparcialidad y grandeza de ánimo de Dion, que por lo honesto y lo justo no atendía a tan inmediatos parentescos, sino que, tomando de aquí principio y ocasión para sospechas y recelos, como si estuvieran en una absoluta precisión de contemporizar con el tirano, pusieron la vista en otros caudillos; y, sobre todo, habiendo sabido que llegaba Heraclides, se encendió más en ellos este deseo. Era Heraclides uno de los desterrados, buen militar, conocido por el mando que había tenido bajo los tiranos, pero no de ánimo constante, sino movible en todo y poco seguro para la comunidad de mando y de gloria.

Indispuesto en el Peloponeso con Dion, había determinado venir por sí con escuadra propia contra el tirano, y llegado a Siracusa con siete galeras y tres barcos, encontró cercado otra vez al tirano, y a los Siracusanos inflamados e inquietos. Captóse, pues, al punto el favor de la muchedumbre, porque su carácter tenía cierto atractivo, siendo de los que se pegan y, de los que seducen a gentes que gustan de que se les adule; así trajo y puso fácilmente de su parte a aquellos que repugnaban la gravedad de Dion como modesta y desagradable por el orgullo y engreimiento que les había dado la victoria; queriendo ser lisonjeados como libres aun antes de serlo.

XXXIII. En primer lugar, corriendo por movimiento propio a la junta pública, eligieron a Heraclides general de la armada, y cuando, presentándose Dion, se quejó de que el mando dado a éste era una revocación del que antes le habían conferido, pues que no era ya absoluta autoridad si otro tenía el mando de la armada, con violencia anularon los Siracusanos el nombramiento de Heraclides. Hecho esto así, le llamó Dion a su casa, y, habiéndole dado algunas quejas sobre que no era justo ni conveniente que quisiera competir con él por la gloria en unos momentos en que con poco esfuerzo podía perderse todo, convocó a nueva junta, en la que nombró a Heraclides general de la armada, y persuadió a los ciudadanos que se le dieran guardias del mismo modo que a él. En las palabras y en la apariencia se mostraba aquel obsequioso con Dion, reconociendo la obligación en que le estaba; seguía sumiso, y ejecutaba sus órdenes; pero, seduciendo y acalorando bajo mano a la muchedumbre y a los amigos de novedades, cercó a Dion de disgustos y sinsabores, constituyéndole en la situación más difícil, porque si disponía que Dionisio saliera de la ciudadela en fuerza de una capitulación, se lo calumniaría de que le tenía consideración y le salvaba, y si, no queriendo molestar al pueblo, andaba remiso en el sitio, se creería que alargaba la guerra para mandar por más tiempo y mantener en el terror a los ciudadanos.

XXXIV. Había en Siracusa un cierto Sosis, que tenía nombre entre los Siracusanos por su maldad y su insolencia, estando creído que el colmo de la libertad se cifraba en llevar hasta el último punto la osadía. Tratando, pues, de perder a Dion, lo primero que hizo fue levantarse en la junta pública y reconvenir agriamente a los Siracusanos de que no advirtiesen que, por librarse de una tiranía necia y soñolienta, se habían entregado a un déspota vigilante y sobrio; mostrándose después más abiertamente enemigo declarado de Dion, por entonces se retiró de la plaza, pero al día siguiente se le vio correr por la ciudad desnudo, bañadas la cabeza y la cara en sangre, como si huyera de algunos que le perseguían. Presentóse en esta disposición en la plaza, diciendo que los soldados

estipendiarios de Dion le habían acometido, y mostró la cabeza lastimada; con lo que tuvo a muchos que tomaron parte en sus quejas y que levantaron el grito contra Dion, clamando que su proceder era violento y tiránico si con asesinatos y peligros quitaba a los ciudadanos el poder manifestar libremente su opinión. Con todo, reunida la junta pública, aunque en confusión y desorden, se presentó Dion a hacer su defensa, y manifestó que Sosis era hermano de uno de los soldados de Dionisio, y que a su instigación había querido conmovier y alborotar la ciudad, no quedándole ya a Dionisio otro camino de salvarse que el de introducir la desconfianza y discordia entre los ciudadanos. Al mismo tiempo, habiendo registrado los cirujanos la herida de Sosis, encontraron que era puramente superficial, y no hecha con impresión extraña que le hiciera penetrar, porque las heridas de espada tienen mayor profundidad por en medio, y la de Sosis era ligera por igual, teniendo muchos principios, como era natural en quien por el dolor aflojaba, y luego volvía a querer continuar. Llegaron también a este tiempo a la junta algunos ciudadanos de crédito trayendo una navaja, y exponiendo que yendo por la calle se habían encontrado con Sosis bañado en sangre, y que decía a gritos que iba huyendo de los soldados de Dion, por quienes acababa de ser herido. Añadían que habiendo ido en busca de los agresores, no habían encontrado más que aquella navaja puesta en el hueco de una piedra, de la que habían visto venir corriendo a Sosis.

XXXV. Como fuese ya con esto peligrosa la situación de Sosis, y aun se agregase la declaración de los de su casa, quienes atestiguaron que era todavía de noche cuando salió de ella solo con la navaja, los que culpaban a Dion se retiraron, y el pueblo, habiendo condenado a muerte a Sosis, mudó de modo de pensar en cuanto a Dion. Mas no por esto le eran menos sospechosos los soldados de éste, mayormente después que se habían dado diferentes combates navales contra el tirano; porque Filisto había venido de Yapigia con muchas galeras en auxilio de Dionisio, y como aquellos forasteros fuesen soldados de infantería, creían los Siracusanos que no podrían serles de provecho para aquella clase de guerra, sino que más bien los tendrían sumisos a sus órdenes, siendo ellos gente de mar y que sobrepujaban en esta especie de fuerza. Pero la suerte hizo que aun se les acrecentó a aquellos soldados el orgullo con la buena suerte que tuvieron en el mar, donde, venciendo a Filisto, le trataron cruel y bárbaramente; aunque Éforo dice que, tomada su nave, se quitó él a sí mismo la vida; pero Timónides, que desde el principio se encontró en todos estos sucesos con Dion, escribiendo al filósofo Espeusipo, dice que Filisto quedó cautivo de resultas de haber encallado en tierra su galera, y que, habiéndole quitado los Siracusanos la coraza y mostrándole desnudo, le hicieron diferentes insultos, siendo ya viejo; que después le cortaron la cabeza, y entregaron su cadáver a los muchachos, diciéndoles que lo arrastraran por la Acradina y lo arrojaran a las canteras. Timeo, para hacer que este insulto aparezca mayor, refiere que los muchachos ataron el cadáver de Filisto con una cuerda de la pierna coja, y lo arrastraron por la ciudad, haciendo grande escarnio todos los Siracusanos al ver arrastrado por una pierna a aquel que había dicho a Dionisio que no debía salir huyendo de la tiranía en un veloz caballo, sino sólo tirado por una pierna; aunque Éforo refiere esta expresión como dicha a Dionisio por otro, y no por el mismo Filisto.

XXXVI Mas, Timeo, aprovechando una ocasión justa, como lo era la de la adhesión y celo de Filisto por la tiranía, sacia su deseo de hablar mal de él. En esto quizá pueden merecer indulgencia los que han sido agraviados, aun para llegar al extremo de ensañarse con un cadáver que carece de sentido; pero en los que después escriben los sucesos no habiendo sido ofendidos en vida por él, y aprovechándose de sus escritos, su misma gloria parece que exige que no le echen en cara con afrenta y vilipendio sus desgracias, de las que nada hay que pueda asegurar aun al hombre más recto y justo de parte de la fortuna. Tampoco Éforo obra cuerdamente en alabar a Filisto; pues, sin

embargo de mostrarse tan hábil en cubrir con motivos decentes las acciones injustas y las costumbres estragadas, y en encontrar al intento las más seductoras expresiones, por más esfuerzos que hace no puede evitar que de su relación misma resulte contra sí haber sido el hombre más adicto a la tiranía y el que más solicitó y más admiró el lujo, el poder, la riqueza y los enlaces de los tiranos. En fin, en cuanto a Filisto, el que no alabe sus acciones, ni tampoco le eche en cara su suerte, ese será el que mejor desempeñe el oficio de historiador.

XXXVII. Después de la muerte de Filisto envió Dionisio a Dion quien le propusiera que le haría entrega de la ciudadela, de las armas y de sus tropas con el sueldo completo de éstas para cinco meses, bien que pidiendo que bajo la fe de un tratado se le permitiera retirarse a Italia y, habitando allí, disfrutar en los términos de Siracusa la posesión llamada Giata, que era un campo dilatado y fértil, que desde la orilla del mar entraba tierra adentro. No admitió Dion el mensaje, sino que le envió a decir que suplicara sobre el objeto de éste a los Siracusanos, los cuales, esperando tomar vivo a Dionisio, despidieron a sus embajadores; pero él lo que hizo fue entregar la ciudadela a su hijo mayor, Apolócrates, y aguardando un viento favorable, teniendo ya puestas en las naves las personas que más apreciaba y lo más escogido de su riqueza, se hizo a la vela, sin que de ello tuviese noticia el general de la armada, Heraclides. Éste, como se viese maltratado y perseguido de los ciudadanos, se valió de Hipón, que era uno de los demagogos, para que propusiera al pueblo un nuevo repartimiento de tierras, como que la igualdad era principio de libertad, y la pobreza de esclavitud para los miserables. Púsose a su lado Heraclides, y conmoviendo al pueblo contra Dion, que se oponía, persuadió a los Siracusanos a que, además del repartimiento, decretaran privar a los soldados forasteros de su sueldo, y nombrar otros generales, siéndoles ya molesto Dion. Los Siracusanos, pues, intentando levantarse repentinamente como de una larga enfermedad de la tiranía, y manejarse intempestivamente como los pueblos que tenían el hábito de la libertad, se hicieron a sí mismos gran daño, y aborrecieron a Dion porque, como un buen médico, quería mantener la ciudad en un arreglo esmerado y sobrio.

XXXVIII. Habiéndose congregado en junta para elección de los nuevos magistrados, estándose entonces en medio del estío, por quince días seguidos sucedieron truenos extraordinarios y señales del cielo infaustas, que por superstición apartaron al pueblo de nombrar otros generales. Mas luego que a los demagogos les pareció que ya la serenidad era permanente, quisieron llevar a efecto la junta; pero la casualidad hizo que un buey de carretero, aunque hecho a ver gentes, se inquietase y enfureciese contra el conductor, y huyendo a carrera del yugo, se dirigió al teatro, donde inmediatamente alborotó y dispersó a la muchedumbre, que dio a correr desordenadamente; el buey continuó en su fuga saltando y trastornando cuanto encontraba en aquella parte de la ciudad que después ocuparon los enemigos. A pesar de todo esto, y no haciendo cuenta ninguna de ello, nombraron los Siracusanos veinticinco magistrados, de los que era uno Heraclides, y hablando reservadamente a los soldados extranjeros, trataron de seducirlos y separarlos de Dion para traerlos a su partido, prometiéndoles que serían con ellos iguales en derechos. Mas aquellos soldados desecharon sus proposiciones y, conservándose fieles y adictos a Dion, se pusieron armados a su lado para defenderle y protegerle, y así lo sacaron de la ciudad, sin hacer la menor ofensa a nadie, y sólo reconviniendo agriamente a los que encontraban por su ingratitude y perversidad; pero los Siracusanos, despreciándolos por su corto número y porque no habían sido los primeros en la agresión, llevados de que eran muchos más, los acometieron, en la inteligencia de que los vencerían fácilmente dentro de la ciudad y acabarían con todos.

XXXIX. Constituido con esto Dion en el apuro y en la desgraciada situación de haber de pelear con sus conciudadanos, o perecer con sus soldados, dirigía a los Siracusanos

los más encarecidos ruegos, tendiendo a ellos las manos y mostrándoles el alcázar lleno de enemigos, que se asomaban por las murallas y eran espectadores de cuanto pasaba; pero, no habiendo modo de templar el ímpetu de aquella muchedumbre y dominando en la ciudad, como en un mar proceloso, el viento de los demagogos, dio orden a sus soldados, no de trabar pelea, sino sólo de volver cara con resolución y gritería blandiendo las armas; con esto ya no aguardó ninguno de los siracusanos, sino que dieron a huir por las calles sin que nadie les persiguiese, porque Dion hizo retroceder a los soldados y los condujo a los términos de los Leontinos. Fueron con esto los magistrados de los Siracusanos la risa y escarnio de las mujeres, y queriendo reparar la afrenta, armaron otra vez a los ciudadanos y marcharon en persecución de Dion. Alcanzaronle al pasar un río, y se acercaron con su caballería en actitud de combatir; pero cuando vieron que ya no sufría con mansedumbre y bondad paternal sus demasías, sino que con denuedo volvía y ordenaba sus soldados, entregándose a una fuga más vergonzosa que la primera, se retiraron a la ciudad, con muerte de algunos ciudadanos. XL. Recibieron a Dion los Leontinos con las mayores muestras de honor y aprecio, y a los soldados les ofrecieron pagarles su haber, y los hicieron ciudadanos. Dispusieron luego enviar a los Siracusanos embajadores con proposición de que tuvieran la consideración debida a aquellos soldados forasteros; pero ellos mandaron otra embajada para acusar a Dion. Reuniéronse con los Leontinos los aliados y, habiendo conferenciado entre sí declararon que no tenían razón los Siracusanos; pero éstos no hicieron cuenta de lo resuelto por los aliados, engreídos y soberbios con que habían sacudido toda obediencia, y antes les estaban sujetos y les temían sus propios magistrados.

XLI. Llegaron en esto a la ciudad algunas galeras enviadas por Dionisio, en las que venía Nipsio de Nápoles, que conducía víveres y caudales a los sitiados, y habiéndose dado un combate naval, quedaron vencedores los Siracusanos, y tomaron cuatro de las naves de aquel convoy. Insolentes con la victoria, y empleando el tiempo, por la anarquía en que vivían, en francachelas y convites desordenados, de tal manera se olvidaron de lo que importaba, que, teniéndose ya por dueños de la ciudadela, perdieron la ciudad. Porque Nipsio, viendo que en todo el pueblo no había quien tuviera juicio, sino que la muchedumbre estaba entregada a músicas y embriagueces desde el día hasta alta noche, y que los caudillos se regocijaban también con aquellas fiestas y no se cuidaban mucho de hacer su deber con unos hombres beodos, aprovechando hábilmente la ocasión, acometió a la muralla y apoderándose de ella y destruyéndola, dio suelta a los bárbaros, diciéndoles que hicieran de los ciudadanos que les vinieran a las manos lo que quisieran o pudieran. Advirtieron bien pronto los Siracusanos el mal que les había sobrevenido; pero tarde y con dificultad acudieron asombrados y pasmados a su remedio; porque era un horroroso saqueo el que experimentaba la Ciudad, siendo muertos los hombres, derruidas las murallas y conducidas las mujeres y los niños a la ciudadela entre los mayores lamentos, pues los caudillos se habían acobardado del todo, y para nada podían servirse de los ciudadanos contra unos enemigos que por todas partes estaban ya mezclados y confundidos con ellos.

XLII. Siendo éste el estado de las cosas, y amenazando ya el peligro a la Acradina, todos ponían la vista en el único que podía levantar sus esperanzas: pero nadie lo proponía, avergonzados de la ingratitud e indiscreción con que respecto de Dion se habían portado. Mas siendo ya urgente la necesidad, salió una voz de entre los aliados y la milicia de caballería de que se llamara a Dion y se trajera a los Peloponenses del país de los Leontinos. No bien se había adoptado esta resolución y dádose esta voz cuando fueron comunes entre los Siracusanos las aclamaciones, el gozo y las lágrimas, rogando a los dioses por que Dion pareciese, deseando verle y recordando su valor y denuedo en

los peligros, y como no sólo era imperturbable él mismo, sino que también a ellos les daba espíritu y los conducía impávidos a los enemigos. Enviáronle, pues, al punto de los aliados a Arcónides y Telésides y otros cinco de la caballería, entre ellos Helanico. Marcharon éstos a desempeñar su comisión corriendo a rienda suelta, y llegaron a la ciudad de los Leontinos casi al fin del día. Apeáronse, y lo primero que hicieron fue ir a echarse llorosos a los pies de Dion, a quien refirieron los infortunios de los Siracusanos. Habían ya acudido algunos de los Leontinos, y los más de los Peloponenses se agolparon a Dion, pensando, por la prisa, y por los ruegos de aquellos hombres, que había ocurrido alguna grande novedad. Congregados al punto en junta pública, a la que prontamente concurrieron, y entrando Arcónides y Helanico con los que los acompañaban, expusieron brevemente el cúmulo de males que les habían sobrevenido, y rogaban a los soldados de Dion fueran en socorro de los Siracusanos, olvidándose de los agravios recibidos, pues ya los habían pagado, sufriendo mucho más de aquello que los ofendidos podían desear.

XLIII. Cuando éstos hubieron dado fin a su discurso, quedó en el más profundo silencio todo el teatro. Levantóse Dion, y como al comenzar a hablar las muchas lágrimas que corrían de sus ojos le cortasen la voz, los soldados le exhortaban a que tomase aliento mostrándose con él afligidos. Recobrándose, pues, Dion un poco de su grave pesar: “Peloponenses y aliados- dijo-, os he reunido aquí para que deliberéis sobre vosotros mismos; por lo que a mí hace, no me es dado deliberar perdiéndose Siracusa, pues si no puedo salvarla, voy, a lo menos, a enterrarme entre el fuego y las ruinas de la Patria. Si queréis todavía dar auxilio a hombres tan desacordados y desventurados como nosotros, mantened en pie a la ciudad de los Siracusanos, que es vuestra obra: pero si, irritados con éstos, la abandonáis, del valor y amor que antes de ahora me habéis manifestado recibiréis de los dioses digno premio, teniendo presente en vuestra memoria que Dion ni a vosotros os desamparó cuando fuisteis agraviados, ni ahora en la adversidad desampara a los ciudadanos”. Aun no había concluido, cuando los soldados, levantando gritería, corrieron a él diciendo que los llevara en socorro de Siracusa cuanto antes, y los embajadores de los Siracusanos les dieron las gracias estrechándolos entre sus brazos, haciendo plegarlas a los dioses, para que sobre Dion y sobre los soldados derramaran los mayores bienes. Sosegado el tumulto, les dio orden Dion de que fueran a prevenirse y, comiendo los ranchos, vinieran armados a aquel mismo lugar, teniendo resuelto marchar en socorro de Siracusa aquella misma noche.

XLIV. En Siracusa, los generales de Dionisio durante el día hicieron inmensos males en la ciudad: pero venida la noche se retiraron a la ciudadela, perdido unos cuantos de los suyos; entonces, haciéndose animosos los demagogos de los Siracusanos, y esperando que los enemigos se pararían en lo ejecutado, excitaban otra vez a los ciudadanos a que no hicieran cuenta de Dion, y si venía con sus soldados, no recibirlos, ni darles esta prueba de que se los reconocía como aventajados en valor, sino salvar ellos por sí mismos la ciudad y la libertad. Enviaron, pues, de nuevo mensajeros a Dion los generales, disuadiéndole de venir, y los de caballería con los principales ciudadanos, diciéndole que acelerase el paso; y por lo mismo caminaba con reposo y sosiego.

Llegada la noche, los enemigos, de Dion ocuparon las puertas con ánimo de cerrárselas; pero Nipsio, dando otra vez salida de la ciudadela a las tropas asalariadas, que mostraban todavía mayor ardor y fueron entonces en mayor número, destruyó desde luego todo el muro y asoló y saqueó la ciudad. Dábase ya muerte, no sólo a los hombres, sino a las mujeres y a los niños; era muy poco lo que se robaba, y mucho lo que se destrozaba y hacía pedazos. Porque, dándose ya los de Dionisio por perdidos y aborreciendo de muerte a los Siracusanos, querían sepultar, digámoslo así, la tiranía entre las ruinas de la ciudad, y, anticipándose a la venida de Dion, recurrían a la

destrucción y perdición más pronta, que es la del fuego, dándole con tizones y hachas a lo que tenían cerca, y lanzando con los arcos a lo que les caía lejos saetas encendidas. Huían los Siracusanos, y de ellos unos eran cogidos y asesinados en las calles, y los que se recogían a las casas eran echados de ellas por el fuego, siendo ya muchas las que ardían y caían encima de los que las abandonaban.

XLV. Esta calamidad fue la que principalmente franqueó las puertas de la ciudad a Dion, estando ya de acuerdo todos: porque la casualidad hacía que aun hubiese acertado el paso cuando oyó que los enemigos se habían encerrado en la ciudadela; pero entrando ya el día, los de caballería fueron los primeros que le dieron noticia de la segunda invasión, y después se presentaron algunos de los que antes se habían opuesto, rogándole que acelerara la llegada. Como el mal se agravase, Heraclides envió a su hermano, y después a Teódotes su tío, pidiéndole que los socorriese, pues nadie había que hiciese frente a los enemigos, él se hallaba herido y la ciudad casi podía contarse por destruida y abrasada. Hallábase Dion cuando le llegaron estas nuevas a distancia todavía de setenta estadios de la ciudad; pero manifestando a sus soldados el peligro e instándoles, ya no marcharon despacio, sino que los condujo a carrera a la ciudad, sucediéndose los mensajeros unos a otros para darle prisa. Habiendo, pues, sido increíble la presteza y diligencia de los soldados, entró por las puertas, dirigiéndose a la parte de la ciudad llamada el Hecatómpedo, y a las tropas ligeras les dio orden de marchar inmediatamente contra los enemigos, para que al verlas cobraran ánimo los Siracusanos. La infantería de línea la ordenó él mismo, y con ella los ciudadanos que acudían y se prestaban a agregarse a la milicia, formando divisiones y dándoles caudillos para que se presentara más terrible, cargando a un mismo tiempo por todas partes.

XLVI. Dispuestas así las cosas y hechas plegarias a los Dioses, se le vio marchar con sus tropas por la ciudad contra los enemigos; con que fueron grandes en los Siracusanos la algazara, el gozo y las aclamaciones, mezcladas con votos y exhortaciones, llamando a Dion salvador y numen tutelar, y a sus soldados, hermanos y ciudadanos. No había en aquella sazón ninguno tan amante de sí mismo y de la vida que no se mostrara más cuidadoso por Dion solo que por todos los demás, viéndole marchar el primero al peligro por entre la sangre, el fuego y los montones de cadáveres tendidos en las plazas. No dejaban también de infundir terror los enemigos, que, enfurecidos y soberbios, estaban formados junto al muro, al cual no se podía llegar sin gran dificultad y trabajo. Más el peligro que más fatigaba a los soldados era el del fuego, que hacía muy embarazosa su marcha, ya porque los circundaban de luz las llamas que devoraban las casas, ya porque tenían que dirigir sus pasos por entre escombros todavía ardientes, y ya porque iban tropezando sin poder sentar con seguridad los pies a causa de los grandes y continuos hundimientos, caminando, además, entre polvo mezclado de humo, con el cuidado de no desordenarse y perder la formación. Cuando ya llegaron a los enemigos, la pelea era de pocos contra pocos, por la estrechez y desigualdad del sitio; pero con la gritería y excitación de los Siracusanos, que daban ánimo a los soldados, hubieron de ceder los de Nipsio, que en su mayor parte se salvaron refugiándose a la ciudadela, que estaba inmediata; pero a los que quedaron fuera y se esparcieron por la ciudad los persiguieron los soldados de Dion y les dieron muerte. El tiempo no dio entonces oportunidad para disfrutar de la victoria, ni para hacer las demostraciones de gozo y gratitud que tan grande suceso pedía, por tener que acudir a sus casas los Siracusanos, quienes con dificultad pudieron apagar el fuego en toda aquella noche.

XLVII. Luego que se hizo de día no se detuvo ninguno de los demagogos, sino que, dándose por perdidos, huyeron; Heraclides y Teódotes se resolvieron a presentarse por sí mismos y entregarse en manos de Dion, confesando sus yerros y rogándole que lo

hiciera mejor con ellos que ellos lo habían hecho con él; pues era propio de Dion, que tanto sobresalía en las demás virtudes, aventajarse también en saber domar la ira respecto de unos ingratos que ahora reconocían haber sido vencidos por él en aquella misma virtud por la que se le habían mostrado contrarios. Hechas estas súplicas por Heraclides y Teódotes, instaban a Dion sus amigos que no usara de benignidad con unos hombres malos y perversos, sino que abandonara a Heraclides al encono de los Soldados y arrancara del gobierno el vicio de captar popularidad, enfermedad furiosa, no menos perjudicial que la tiranía. Dion, para aplacarlos, les dijo que los demás generales en lo que principalmente se ejercitaban era en las armas y en la guerra, y él había gastado mucho tiempo en la Academia para estudiar cómo se domina la ira, la envidia y toda codicia; de lo que no era muestra el usar de afabilidad y dulzura con los amigos y con los hombres de bien, sino, habiendo sido agraviado, el acreditarse de compasivo y benigno con los ofensores, y que quería hacer ver que no tanto era superior a Heraclides en poder y en valor como en bondad y justicia, pues la superioridad verdadera en éstas había de ponerse. Porque en la victoria y ventajas de la guerra, cuando no las dispute ningún hombre, entra a la parte la fortuna: ¿y acaso porque a Heraclides le hiciera desleal y malo la envidia había de estragar Dion su virtud con la ira? Porque el que sea más justo el vengarse y tomar satisfacción que el ser el primero en ofender es determinación de la ley, cuando por naturaleza ambas cosas provienen de la misma debilidad; y si bien el borrar la maldad del hombre no es cosa muy hacedera, no es tampoco tan ardua y desesperada que no pueda hacerse cambiar, vencida por los favores del que muchas veces se empeña en hacer bien.

XLVIII. En consecuencia de estos discursos, dejó Dion ir libre a Heraclides, y, volviendo su cuidado a la circunvalación, dio orden de que cada uno de los Siracusanos, cortando una estaca de valladar, la trajera y pusiera junto al muro, y, empleando por la noche a sus soldados, mientras los Siracusanos descansaban, sin que nadie lo entendiese dejó cercada la ciudadela: de manera que al día siguiente sorprendió a los ciudadanos, no menos que a los enemigos, con la presteza de tamaña obra. Dio luego sepultura a los Siracusanos que habían muerto, y habiendo rescatado los cautivos, que no bajaban de dos mil, convocó a junta pública. Presentóse en ella Heraclides, haciendo la proposición de que se nombrara a Dion generalísimo de tierra y de mar; y habiendo sido admitida por los buenos ciudadanos, que querían se sancionase, la muchedumbre marinera y artesana concitó una sedición, manifestándose disgustada de que Heraclides quedara despojado del mando del mar, por parecerle que, si bien en lo demás Heraclides no estaba adornado de grandes cualidades, a lo menos era infinitamente más popular que Dion y más manejable para la plebe. Condescendió en esto Dion, y restituyó a Heraclides el mando de la armada; pero habiéndose opuesto a los que insistían sobre el repartimiento de terrenos y de las casas, anulando lo que acerca de esto se había antes establecido, indispuso y enajenó los ánimos, de donde tomó otra vez ocasión Heraclides, y, acantonado en Mesena, sedujo a los soldados y marineros que con él se hallaban y los irritó contra Dion, haciéndoles entender que aspiraba a la tiranía, y al mismo tiempo concluyó ocultamente un convenio con Dionisio por medio de Fárax de Esparta. Llegáronlo a descubrirlos principales ciudadanos de Siracusa, y se movió una sedición en el ejército, de la que resultó tal escasez y hambre en Siracusa, que el mismo Dion quedó sin saber qué hacer, e incurrió en la reprensión de sus amigos, que le hacían cargo de haber fomentado contra sí a un hombre como Heraclides, intratable y pervertido por la envidia y por la maldad.

XLIX. Hallándose Fárax acampado junto a Nápoles en el campo de Agrigento, condujo Dion a los Siracusanos, con intento de pelear con él en otra oportunidad; pero como Heraclides y la marinería gritasen que Dion no quería terminar la guerra por medio de

una batalla, sino dilatarla para mantenerse en el mando, se vio en la precisión de trabar combate, y fue vencido. La derrota no fue grande, sino más bien una dispersión y desorden entre los soldados mismos que se alborotaron, por lo que Dion, resuelto a volver a dar batalla, los redujo al orden, persuadiéndoles e inspirándoles confianza; pero a la entrada de la noche se le dio aviso de que Heraclides, zarpando con su escuadra, navegaba sobre Siracusa, con la determinación de apoderarse de la ciudad y de negarles la entrada a él y a su ejército. Tomando, pues, consigo en el momento a los más esforzados y resueltos, caminaron a caballo toda aquella noche, y a la hora tercera del día siguiente estaban ya a las puertas, habiendo andado setecientos estadios. Como Heraclides se hubiese atrasado con sus naves, por más prisa que quiso darse, se mantuvo en el mar, y andando errante sin objeto cierto, se encontró con Gesilo de Esparta, quien le dijo que venía de Lacedemonia a ser caudillo de los Sicilianos, como antes Gilipo. Recibióle, pues, con gran complacencia y, pensando en oponerle como un antídoto a Dion, lo presentó a los aliados, y enviando un heraldo a Siracusa, propuso a los Siracusanos que admitieran aquel general Espartano. Respondióle Dion que los Siracusanos tenían bastantes generales, y si los negocios requerían absolutamente un Espartano, en él lo tenían, pues era Espartano por adopción. Con esto Gesilo cedió en la pretensión del mando, y, pasando a verse con Dion, reconcilió con él a Heraclides, que dio muchas palabras e hizo los mayores juramentos, accediendo a éstos el mismo Gesilo, que, por su parte, juró ser vengador de Dion y tomar satisfacción de Heraclides si se portase mal.

L.- De resultas de este suceso, desarmaron los Siracusanos la escuadra, porque, no teniendo en qué emplearla, no les servía más que de gasto con la gente de mar y de motivo de indisposición entre los generales. Sitiaron el alcázar, acabando el muro con que le circunvalaban; y como, no socorriendo nadie a los sitiados, les faltasen los víveres, y los soldados extranjeros se les hubiesen insubordinado, perdió el hijo de Dionisio toda esperanza, y entrando en conciertos con Dion, le entregó el alcázar con las armas y todos los pertrechos de guerra, recogió la madre y las hermanas, y, cargando cinco galeras, marchó a unirse con su padre, dejándole partir Dion con toda seguridad, y no quedando Siracusano alguno que no saliera a gozar de aquel espectáculo; tanto, que los que se hallaban ausentes se quejaban de no haber visto aquel día en que el Sol empezaba a alumbrar a Siracusa libre. Y si aun ahora entre los grandes ejemplos que se refieren de la mudanza de fortuna es el mayor y más notable éste del destierro de Dionisio, ¿cuál debió ser entonces el gozo de aquellos ciudadanos y qué debieron pensar los que con tan pocos medios destruyeron la más poderosa tiranía que jamás se había visto?

LI. Como Dion, luego que dio la vela a Apolócrates, se encaminase al alcázar, no pudieron aguantar más las mujeres que en él habían quedado, ni esperaron a que entrasen sino que corrieron a la puerta, Aristómaca llevando de la mano al hijo de Dion, y Áreta yendo en pos de ésta, llorando e incierta de cómo había de saludar al marido, habiendo estado enlazada con otro. Abrazó Dion primero a la hermana y después al hijo y entonces Aristómaca, presentando a Áreta: “Hemos sido desdichadas- le dijo- ¡ah Dion! durante tu destierro; con tu venida y tu victoria nos has librado de opresión y angustia a todos nosotros, a excepción de ésta, a quien yo, miserable, he visto ser por fuerza, vivo tú, casada con otro. Ahora, pues, que la fortuna nos ha puesto en tu poder, di cómo tomas la necesidad en que esta infeliz se ha visto, y si te ha de abrazar como tío o como marido”. Dicho esto por Aristómaca, no pudiendo Dion contener las lágrimas, abrazó con el mayor cariño a su esposa y, entregándole el niño, le dijo que marcharan a su propia casa, a la que él también se fue a habitar, habiendo hecho entrega de la ciudadela a los Siracusanos.

LII. Habiéndole salido tan felizmente los negocios, la primera cosa en que se propuso gozar de su prosperidad fue en hacer favores a sus amigos y donativos a los aliados, y más especialmente en hacer participantes de su humanidad y munificencia a los más allegados que tenía en la ciudad, y a los soldados que le habían servido, excediendo su magnanimidad a sus facultades; pues por lo que hace a sí mismo se trataba sencilla y frugalmente como cualquier particular, siendo de maravillar que, teniendo puesta la vista en su brillante fortuna no sólo la Sicilia y Cartago sino toda la Grecia, y no reputando todos por tan grande a ningún general de los de aquella edad, ni hallando con quien compararlo en valor y en buena suerte, usara de tanta moderación en el vestido, en la servidumbre y en la mesa, como si se mantuviera en la Academia al lado de Platón y no viviera con extranjeros y soldados, para quienes los continuos festines y recreos, son un desquite de los trabajos y peligros. Y si Platón le había escrito que a él sólo sobre la tierra miraban todos, él, a lo que parece, no miraba más que a un pequeño recinto de una sola ciudad, esto es, a la Academia, sabiendo que aquellos espectadores y jueces, no tanto admirarían ninguna acción brillante ni ninguna empresa atrevida como estarían en observación de si hacía un uso prudente y modesto de su fortuna, y si se mostraba templado en la prosperidad y en la opulencia. Por lo que hace a la severidad en el trato y a la gravedad para con el pueblo, tenía propuesto de no rebajar o quitar nada, a pesar de que el estado de las cosas pedía cierta condescendencia y de que, como hemos dicho, Platón le había reprendido escribiéndole que la terquedad y dureza son propias de la soledad, sino que él, naturalmente, debía de ser despegado, y parece que se proponía mejorar en costumbres a los Siracusanos, demasiado muelles y delicados.

LIII. Era preciso que estuviese siempre receloso de la enemistad de Heraclides, el cual, en primer lugar, llamado al consejo, no quiso concurrir, diciendo que, por ser un particular, adonde debía asistir era a la junta pública con los demás ciudadanos. Además de esto, acusaba a Dion de no haber demolido la ciudadela; de que, queriendo el pueblo deshacer el sepulcro de Dionisio el Mayor y arrojar su cadáver, no se le permitió, y, finalmente, que llamaba consejeros y compañeros para el mando de la ciudad de Corinto, desdeñando sus propios ciudadanos. De hecho había llamado a los de Corinto, por creer que con más facilidad establecería con su venida el gobierno que meditaba. Considerando a la democracia pura, no como un gobierno, sino como el mercado de todos los gobiernos, según expresión de Platón, pensaba desterrarla de Siracusa y establecer y plantear, al modo de los Lacedemonios y Cretenses, un gobierno mixto de democracia y monarquía, en que la aristocracia tuviera la principal dirección; porque veía que también en los Corintios dominaba la oligarquía y eran pocos los negocios públicos que se administraban en la junta popular. Atendiendo, pues que Heraclides principalmente se le había de oponer para estos arreglos, siendo por otra parte turbulento, mudable y dispuesto a sediciones, a los que en otro tiempo había estorbado quitarlo de en medio, en esta ocasión se lo permitió, y así, introduciéndose en su casa, en ella le dieron muerte, la que los Siracusanos manifestaron sentir mucho. Pero Dion, disponiendo que se le hiciera un magnífico entierro, acompañando la pompa con todo el ejército, y agregándoles después, logró que se la perdonasen por creer que no podrían dejar de ser continuas las disensiones si a un tiempo gobernaban Heraclides y Dion.

LIV. Tenía Dion un amigo en Atenas llamado Calipo, del que decía Platón que, no por gustar de la doctrina, sino por la iniciación y por ciertas amistades vulgares, se le había hecho conocido y familiar; pero él, por otro lado, no carecía de instrucción en la milicia, en la que además se había adquirido un nombre, tanto, que había sido el primero que con Dion había entrado en Siracusa coronado, y en los combates era ilustre y distinguido. Habiendo perecido en la guerra los principales y mejores amigos de Dion, y, por otra parte, quitado de en medio a Heraclides, vio que el pueblo de Siracusa había

quedado sin caudillo, y que los soldados de Dion principalmente le atendían y respetaban, con lo que Calipo, el más malvado de los hombres, vino a concebir la esperanza de que la Sicilia había de ser el premio de la muerte de su huésped; aun hay quien dice que había recibido veinte talentos de los enemigos por precio de esta maldad. Corrompió, pues, y sedujo a algunos de los aliados contra Dion, valiéndose para ello de este principio sumamente perverso y astuto: denunciando continuamente algunos rumores contra Dion, o que verdaderamente se habían esparcido, o levantado por él, adquirió tal autoridad y poder, por el crédito que había sabido conciliarse, que con reservas o a las claras hablaba a los que quería contra Dion, permitiéndolo éste, para que no se le ocultase ninguno de los descontentos o que se hiciesen sospechosos. Con esto vino a suceder que en breve Calipo pudo dar con los malos y mal dispuestos y asociárselos, y si alguno desechaba la proposición y daba cuenta a Dion de la tentativa con él hecha, no le cogía a éste de nuevo ni se inquietaba, suponiendo que Calipo no hacía más que lo que él le había mandado.

LV. En el tiempo en que ya se trataba este género de asechanza, tuvo Dion una visión grande y prodigiosa: hallándose una tarde solo sentado en la galería de su casa, pensando en sus cosas, de repente oyó un ruido, y volviendo la vista a uno de los corredores a tiempo que aun duraba la luz del día, vio a una mujer gigantesca, que en el traje y en el rostro en nada se diferenciaba de las Furias, estar con una escoba barriendo la casa. Pasmado, pues, y lleno de miedo, hizo llamar a sus amigos y les refirió la visión que se le había aparecido, rogándoles que se quedasen y estuviesen con él allí la noche, hallándose del todo sobrecogido y temeroso de que volviera a presentársele aquel espectro estando solo; no volvió, sin embargo, a suceder. Al cabo de pocos días su hijo, que apenas era mancebo, por cierto disgusto y enfado, nacido de pequeña y pueril causa, se tiró de cabeza desde lo alto del tejado, y se mató.

LVI Mientras estaba Dion cercado de tales disgustos, Calipo adelantaba más y más sus asechanzas, y había hecho correr entre los Siracusanos la voz de que Dion, hallándose sin hijos, estaba en ánimo de llamar a Apolócrates el de Dionisio y declararle su sucesor, como sobrino que era de su mujer y nieto de su hermana. Ya habían llegado a tener sospechas Dion y las mujeres de lo que pasaba, y además eran frecuentes las denuncias que se les hacían de todas partes; pero pesaroso Dion de lo ocurrido con Heraclides y de aquella muerte, como si en su vida y en sus acciones le hubiese quedado cierta mancha impresa que no le dejaba obrar, en todo encontraba dificultades y andaba dando largas, habiéndose dejado decir muchas veces que estaba pronto a morir y a presentarse al que quisiera traspasarle, más bien que de haber de precaverse de amigos y enemigos. Viendo, pues, Calipo que las mujeres estaban instruidas menudamente de toda la conjuración, y concibiendo temor, se presentó a ellas negándolo, y con lágrimas les dijo que les daría las seguridades que quisiesen; pero ellas no se contentaban con nada menos que con que prestase el grande juramento. Era en esta forma: bajando el que le prestaba al santuario de Ceres y Proserpina, con ciertas ceremonias se circundaba de la púrpura de la Diosa, y tomando una tea encendida, hacía el juramento. Cumpliendo con todas estas cosas Calipo, y jurando, de tal modo se burló de las Diosas, que aguardó los días consagrados a la fiesta de la Diosa por quien juraba, y en uno de estos días ejecutó la muerte de Dion, pareciéndole que no era bastante impío con la Diosa y con su festividad si en otro tiempo él mataba a su iniciado.

LVII. Siendo ya muchos los que estaban en la conjuración, y hallándose Dion con sus amigos sentado en una habitación que tenía muchas camas, unos cercaron la casa y, otros cercaron las puertas y ventanas; pero los de Zacinto, que eran los que habían de echarle mano, entraron sin llevar puñales en la cinta; al mismo tiempo, los de la parte de afuera trajeron a sí las puertas y las tenían sujetas; los otros, habiéndose echado sobre

Dion, trataban de sujetarlo y sofocarlo; pero viendo que nada les aprovechaba, pedían un puñal. Nadie se atrevió a abrir las puertas, sin embargo de ser muchos los que estaban dentro, y es que cada uno echaba cuenta de salvarse a sí mismo si abandonaba a Dion, y así ninguno fue a su socorro. Como fuese demasiado despacio, Licon, Siracusano, alargó a uno de los Zacintios un sable por una de las ventanas, y con él como a una víctima degollaron a Dion, a quien tenían ya sujeto y atemorizado de antemano. Inmediatamente después, a la hermana y a la mujer, que estaba encinta, las hicieron llevar a la cárcel, donde sucedió que la infeliz mujer dio a luz un hijo varón, y aun lograron que se le permitiera criarlo, habiéndolo recabado de los guardias a tiempo que ya Calipo empezaba a experimentar alguna turbación en sus negocios.

LVIII. Porque al principio, habiendo quitado del medio a Dion, logró hacerse ilustre y apoderarse de Siracusa, lo que participó a la misma ciudad de Atenas, a la que después de los dioses debía reverenciar y temer, habiéndose arrojado así a la maldad. Pero parece que es cierto lo que se dice, que aquella ciudad, si los hombres buenos se dan a la virtud, los produce excelentes, y si los malos siguen la senda del vicio, son los más perversos, así como su terreno da la miel más sabrosa y la cicuta más mortífera. Pero no por largo tiempo estuvo Calipo siendo una acusación de la fortuna y de los dioses, de que miraban con indiferencia a un hombre que había adquirido por medio de tal impiedad tan grande mando y tanto esplendor, porque muy presto pagó la pena merecida; habiendo intentado, en efecto, tomar a Catana, al punto perdió a Siracusa, de manera que se refiere haber dicho él mismo que había perdido una ciudad por tomar una raedera. Invadiendo después a Mesana, perdió a la mayor parte de los soldados, entre ellos los que habían dado muerte a Dion, y no queriendo recibirle ninguna ciudad de la Sicilia, sino antes aborreciéndole y desechándole todos, se acogió por último a Regio. Allí, pasándolo miserablemente, y no pudiendo asistir a las tropas asalariadas, fue muerto por Léptines y Polisperconte, que usaron casualmente del mismo sable con el que dicen haberlo sido Dion, conociéndolo en el tamaño, porque era corto como todos los de Esparta, y muy pulido y gracioso en su hechura; de este modo pagó Calipo su merecido. Por lo que hace a Aristómaca y Áreta, luego que fueron sueltas de la cárcel vinieron a poder de Hícetes de Siracusa, que había sido uno de los amigos de Dion, el que al principio dio muestras de ser fiel a la amistad y tratarlas con decoro: pero seducido, por último, de los enemigos de Dion, les previno una embarcación como para enviarlas al Peloponeso, y mandó que en la travesía las diesen muerte y las arrojasen al mar; y no falta quien diga que vivas las sumergieron, y al hijo con ellas. Pero también éste tuvo la pena que merecieron sus crímenes, porque él mismo fue muerto habiendo caído cautivo en poder de Timoleón, y a dos hijas suyas los Siracusanos las sacrificaron a Dion, de las cuales cosas en la vida de Timoleón se escribe circunstanciadamente.

Bruto

I. El progenitor de Marco Bruto era Junio Bruto, cuya estatua de bronce pusieron los antiguos Romanos en el Capitolio, en medio de las de los reyes, con espada desenvainada, para dar a entender que fue quien tuvo el valor de arrojar de Roma a los Tarquinius. Mas aquel, teniendo un carácter áspero y que no había sido suavizado por la doctrina, sino que se conservaba con el temple del más duro acero, llevó la ira contra los tiranos hasta dar muerte a sus propios hijos; en cambio, éste cuya vida escribimos, templando sus costumbres con la educación y la elocuencia por medio del estudio de la

filosofía, y despertando con el manejo de los negocios su índole firme, aunque benigna, parece que se dispuso y preparó con mayor cuidado al ejercicio de la virtud, de manera que aun los que no le miraban bien por la conjuración contra César, lo que hubo de generoso y noble en esta acción lo atribuían a Bruto, y lo que ésta tuvo de atroz y repugnante lo echaban sobre Casio, que, aunque era deudo y amigo de Bruto, no era en sus costumbres igualmente sencillo y puro. El linaje de su madre, Servilia, subía a Servilio Ahala, que, aspirando Espurio Melio a la tiranía y moviendo con esta mira sedición en el pueblo, tomó un puñal bajo la ropa y, bajando a la plaza, se puso al lado de Melio, como si tuviera que tratar con él algún negocio, y al inclinarse éste para oírle le hirió y mató. En este punto no hay disputa; en cuanto al linaje paterno, los que por muerte de César mostraron enemiga y encono contra Bruto dicen que no sube al que expulsó a los Tarquinius, porque no le quedó sucesión después de haber dado muerte a los hijos, sino que éste era plebeyo, descendiente de un mayordomo de Bruto, y que hacía poco habían aspirado a las magistraturas; pero el filósofo Posidonio dice que, aunque fue cierto murieron los dos hijos de Bruto, quedó otro tercero todavía muy niño, de quien aquel linaje provenía, y que en algunos varones señalados de la misma familia, a quienes había conocido, se echaba de ver que su semblante tenía cierta semejanza con el que la estatua representa. Mas en este punto baste lo dicho.

II. De la madre de Bruto, Servilla, era hermano Catón el filósofo, a quien sobre todos se propuso imitar Bruto, siendo su tío, y después su suegro. De los filósofos griegos, para decir la verdad, ninguna secta le era nueva o extraña, aunque más particularmente se había dedicado a las de los discípulos de Platón, y no siendo muy adicto a la Academia llamada nueva o media, estaba decidido por la antigua. Miró siempre con admiración a Antíoco Escalonita, e hizo su amigo y comensal al hermano de éste, Aristón, varón inferior a muchos filósofos en la elocuencia y erudición, pero en su probidad y modestia comparable a los primeros. Por lo que hace a Émpilo, de quien él mismo y sus amigos hacen mención en sus cartas, tratándole igualmente de su comensal, era orador y dejó una relación pequeña, pero no despreciable, de la muerte de César, la que se intitulaba Bruto. Ejercitóse éste en latín lo bastante para las arengas y para las contiendas del foro, y en griego se descubre por algunas de sus cartas que se dedicó a imitar la concisión sentenciosa de los Espartanos, como cuando escribió a los de Pérgamo, hallándose ya en la guerra: “Oigo que habéis dado dinero a Dolabela: si lo habéis dado por vuestra voluntad, reconoced que habéis hecho mal, y si ha sido por fuerza, hacédmelo ver con darme a mí voluntariamente”. Otra vez a los de Samo: “Vuestros consejos celebrados con negligencia. Y vuestros auxilios tardíos, ¿qué fin pensáis que tendrán?” En otra carta acerca de los de Pátara: “Los Jantios, por haber despreciado mis beneficios hicieron de su patria el sepulcro de su simpleza; y los Patareos, que se pusieron confiados en mis manos para todo, gozan de su libertad; está, pues, en vuestro arbitrio el optar entre el juicio de los Patareos y la suerte de los Jantios”. Éste es el estilo, de sus cartas.

III. Siendo todavía joven, hizo viaje a Chipre con Catón, su tío, enviado contra Tolomeo. Como éste se hubiese quitado a sí mismo la vida teniendo Catón necesidad de detenerse en Rodas, le había sido preciso mandar a Canidio, uno de sus amigos, para la custodia de aquellos grandes intereses: y temiendo que éste podía no preservarse puro de ocultación, escribió a Bruto que se dirigiera sin dilación a Chipre desde Panfilia, porque se hallaba allí convaleciendo de una enfermedad. Embarcóse, pues, aunque muy a su pesar, ya por sentir ajada la opinión de Canidio, maltratado con esta desconfianza de Catón, y ya también porque todo aquel cuidado y escrupulosa diligencia, siendo todavía joven y dado a sus estudios, no lo miraba como muy liberal ni como muy propio de su persona. Con todo, se venció en esto a sí mismo hasta merecer los elogios de

Catón, y habiendo reducido a dinero toda aquella riqueza, encargándose de la mayor parte de los caudales, se embarcó para Roma.

IV. Cuando ya la república estuvo dividida en dos parcialidades, habiendo tomado las armas Pompeyo y César, y el gobierno se puso en desorden, parecía cosa cierta que Bruto seguiría el partido de César, porque su padre había sido muerto poco antes por Pompeyo; pero, anteponiendo el interés común a los personales y propios, como juzgase que la causa de Pompeyo para la guerra era más justa que la de César, abrazó la de aquel; y eso que antes, cuando se encontraba con Pompeyo, ni siquiera lo saludaba, teniendo por grande abominación dar la palabra al matador de su padre; entonces, no obstante, se puso a sus órdenes, mirándole como caudillo de la patria, y pasó a Sicilia en calidad de legado de Sestio, a quien había cabido en suerte aquella provincia. Mas viendo que nada señalado podía hacerse allí, y que ya estaban al frente uno de otro Pompeyo y César para disputarse el mando de la república, partió para la Macedonia, deseoso de tener parte en la contienda; dicese que, contento y maravillado Pompeyo, cuando fue a presentársele se levantó de su asiento y le abrazó como a persona muy distinguida y aventajada en presencia de todos. En el ejército, las horas que no estaba al lado de Pompeyo las empleaba en escribir y en los libros, no sólo en el tiempo anterior, sino cuando ya se iba a dar la batalla de Farsalo. Era el rigor del verano y hacía un excesivo calor, estando acampados en un país pantanoso, y como no llegasen con tiempo los que le traían la tienda, fatigado con este incidente, apenas a mediodía pudo unirse y comer un bocado, y mientras los demás dormían o tenían la atención puesta en lo que iba a suceder, él se detuvo escribiendo hasta la tarde, ocupado en ordenar un compendio de Polibio.

V. Dicese que César no dejó de tener cuidado de Bruto, sino que en la batalla previno a los jefes que tenía cerca de sí que no le matasen, y antes le guardasen consideración, llevándole a su presencia si voluntariamente se prestaba a ello; pero que si hacía resistencia lo dejaran y no lo violentasen, y que esto lo hacía en obsequio de la madre de Bruto, Servilla, porque siendo joven había tratado a ésta, que se mostraba muy prendada de él, y habiendo nacido Bruto en el tiempo en que estos amores se hallaban en su mayor fuerza, estaba creído que había nacido de él. Refiérese asimismo que cuando en el Senado se estaba tratando de aquella terrible conjuración de Catilina, que estuvo a punto de arruinar la república, contendían entre sí Catón y César, siendo de distinto dictamen. En esto le entraron a César un billete que se puso a leer para sí, clamando Catón que César ejecutaba una acción muy reparable en recibir avisos y billetes de los enemigos; y como muchos se mostrasen también inquietos, entregó César el billete a Catón, el cual, luego que vio ser un billete amoroso de su hermana Servilia, se lo tiró a César, diciéndole: “Toma, borracho”; y volvió a continuar su discurso; ¡tan sabidos y públicos eran los amores de Servilla con César!

VI Padecida aquella gran derrota, Pompeyo se retiró por mar y, cercado el campamento, Bruto pudo anticiparse a salir por una puerta, dirigiéndose a un sitio pantanoso, inundado de agua y poblado de cañas, del que marchó aquella noche llegando sin tropiezo a Larisa: y habiendo escrito desde allí César celebró saber que se había salvado, y mandándole que fuese a su campo, no sólo le dio por quitado de toda culpa, sino que le mantuvo a su lado honrándole como al que más. Nadie sabía decirle el camino que había tomado Pompeyo, con lo que César estaba en la mayor incertidumbre: pero marchando solo con Bruto procuró explorar su ánimo, y habiendo juzgado, por ciertas expresiones que Bruto había conjeturado acertadamente, acerca de la fuga de Pompeyo, abandonando toda otra ruta se dirigió al Egipto. A Pompeyo, pues, retirado a este reino, conforme Bruto lo había pensado, allí le alcanzó su hado: mas éste templó también la ira, de César respecto de Casio. Tomando por su cuenta defender en Nicea al

rey Devótaro, quedó vencido por lo grave de los cargos: pero rogando y suplicando por él, le salvó gran parte de su reino. Refiérese que César la primera vez que oyó hablar en público a Bruto prorrumpió en esta expresión: “Este joven no sé qué es lo que quiere: pero todo lo que quiere lo quiere, con vehemencia”: y es que su misma entereza e inflexibilidad para no pedir nada por favor, sino obrando en virtud de raciocinio y de una premeditada resolución, cuando ya se determinaba, le hacía emplear medios seguros y efectivos. Para las peticiones injustas era inaccesible a la lisonja: y teniendo por indigno de un hombre grande el dejarse vencer de los que son desvergonzadamente inoportunos, a lo que algunos llaman vergüenza, solía decir que los que no saben negar nada le parecía que no podían haber hecho buen uso de la flor de su juventud. Al marchar César al África contra Catón y Escipión, encomendó a Bruto la Galia cisalpina, por buena dicha de esta provincia, porque tratando los encargados de otras a sus habitantes como cautivos, para éstos era Bruto descanso y consuelo aun de los males antes sufridos, de todo lo que hacía que el engrandecimiento fuese para César de tal manera, que cuando después de su vuelta recorría la Italia, le fueron un espectáculo muy agradable las ciudades sujetas a Bruto, y Bruto mismo, que había aumentado su gloria y le recibía también con reconocimiento.

VII. Eran varias las preturas, y no se dudaba que la de mayor dignidad, llamada pretura urbana, sería de Bruto o Casio. Dicen algunos que ya por otras causas estaban desacordados entre sí, sin que esto hubiese salido al público, y que con este motivo creció la discordia, sin embargo del deudo que tenían, porque Casio estaba casado con Junia, hermana de Bruto: pero otros aseguran que esta contienda fue obra de César, que reservadamente daba esperanzas a entrambos, hasta que, excitados y acalorados uno y otro, se mostraron competidores, conteniendo Bruto con su buena opinión y con su virtud contra las muchas y brillantes hazañas de Casio en la guerra de los Partos. Enterado César de la pretensión, y consultando sobre ella con sus amigos, dijo: “Las alegaciones de Casio son más justas, pero a Bruto se ha de dar la primera”. Nombrado, pues Casio para la segunda, no tuvo tanto agradecimiento por la que se le dio como enojo y encono por aquella en que fue vencido y Bruto, en general, participaba del poder de César a medida de su voluntad, pues si hubiera querido, estaba en su mano el ser el primero de los amigos de éste y el de mayor influjo; pero le retrajo y apartó el deudo y amistad con Casio, no porque se hubiese reconciliado con él desde aquella competencia, sino porque daba oídos a sus amigos, que le prevenían no se dejase seducir y ablandar por César, y antes huyera los agasajos y obsequios de un tirano que los prodigaba, no por hacer honor a su valor, sino para debilitar su firmeza y enervar su aliento.

VIII. No dejaba César de tener algunas sospechas, ni carecía del todo de antecedentes contra él; sólo que, si por una parte temía su carácter firme, su opinión y sus amigos, por otra confiaba en sus costumbres. Y, en primer lugar, denunciándosele que Antonio y Dolabela intentaban novedades, dijo que no le daban cuidado aquellos obesos y bien mantenidos, sino los otros descoloridos y flacos, aludiendo a Bruto y Casio. Acusando después ante él algunos a Bruto, y previniéndole que, se guardara de él, se tocó el cuerpo con la mano y dijo: “Pues qué, ¿os parece que Bruto no ha de esperar esta carne?”; queriendo dar a entender que después de él a nadie correspondía como a Bruto tener un poder igual al suyo; y en verdad que habría llegado a ser el primero sin disputa contento con ser por algún tiempo el segundo, hubiera dejado que decayera su poder y se marchitara la gloria de sus triunfos. Mas Casio, hombre iracundo y que más bien era personalmente enemigo de César que por la república enemigo del tirano, le acaloró e inflamó; dicese que Bruto llevaba a mal aquel imperio, y Casio aborrecía al emperador. Entre las varias quejas que contra él tenía, era una el haberle quitado unos leones que

había prevenido para sus juegos edilicios, y que César se apropió habiéndolos ocupado en Mégara cuando aquella ciudad fue tomada por Caleno. Estas fieras se dice que fueron una gran calamidad para los Megarenses, porque cuando ya la ciudad era entrada, abrieron las puertas y cerrojos y desataron las cadenas para que aquellos leones detuvieran a los enemigos; pero las fieras se volvieron contra ellos mismos y, como corriesen sin armas, los despedazaron; de manera que aun para los enemigos fue aquel un espectáculo terrible.

IX. Respecto de Casio, ésta dicen que fue la principal causa para conjurar contra César; en lo que no tienen razón, porque desde el principio había en la masa de la sangre de Casio un odio y rencor ingénitos contra toda casta de tiranos, como lo manifestó siendo todavía niño yendo a la misma escuela con Fausto, el hijo de Sila, pues como éste le hablase con jactancia entre los demás muchachos, celebrando la monarquía de su padre, levantándose Casio, le dio de bofetadas. Querían los tutores y parientes de Fausto reclamar sobre este hecho y perseguirlo en justicia, pero se opuso Pompeyo, y haciendo comparecer a los dos niños, se informó de lo sucedido, y se refiere que allí mismo dijo Casio: “Mira, Fausto, atrévete a proferir aquí aquella expresión con que me irritaste, para que otra vez te vuelva a bañar los dientes en sangre”. ¡Éste era el temple de Casio! En cuanto a Bruto, eran muchas las expresiones de sus amigos, y muchos los dichos y escritos de los ciudadanos con que le provocaban y excitaban a la empresa. Porque en la estatua de su progenitor Bruto, el que destruyó la autoridad real, escribían: “¡Así existieras ahora, Bruto!” y “¡Ojalá vivieras, Bruto!”, y el tribunal del mismo Bruto, que era a la sazón pretor, se encontraba por las mañanas lleno de escritos que decían: “Bruto, ¿duermes? En verdad que tú no eres Bruto”, La causa de todo esto eran los aduladores de César, que inventaban en su obsequio honores propios para concitar envidia, y ponían por la noche diademas a sus estatuas con el fin de mover a la muchedumbre y apellidarle rey en lugar de dictador; y resultó lo contrario, como con la mayor puntualidad lo hemos escrito en la vida de César.

X. Habiendo Casio hablado a sus amigos, todos se mostraban prontos si Bruto se ponía al frente, porque la empresa no necesitaba tanto de manos y de arrojo como de la opinión de un hombre tal cual era Bruto para que la diera valor y la hiciera parecer justa con sólo el hecho de concurrir a ella; cuando, de lo contrario, en la ejecución estarían más desanimados, y después de ésta se hallarían más expuestos a ser perseguidos, porque se creía que Bruto no se habría negado a aquel hecho en caso de tener una causa honesta. Habiéndole hecho fuerza estas reflexiones, se fue a ver a Bruto por primera vez después de la diferencia que hemos referido, y habiéndose reconciliado y saludado afablemente, le preguntó si para el día primero de marzo tenía resuelto concurrir al Senado, porque había llegado a entender que los amigos de César se disponían a hacer proposición entonces acerca del reinado de éste. Respondióle Bruto que no concurriría, y replicándole a esto Casio: “¿Y si nos llamasen?”, entonces dijo Bruto: “No seré yo el que calle, sino que emplearé las manos y pereceré antes que la libertad”. Alentado con esto Casio, “¿Qué romano mirará tranquilo- le dijo- que tú perezcas? ¿Es posible, Bruto, que así te desconozcas? ¿Te parece que son los tejedores o los taberneros los que arrojan en tu tribunal aquellos escritos, y no los primeros y más aventajados ciudadanos? Los cuales, si de los otros pretores esperan donativos, espectáculos y gladiadores, de ti reclaman como una deuda hereditaria la ruina de la tiranía, dispuestos a todo por ti si te muestras cual esperan y cual es la opinión que de ti tienen”. Abrazó con esto a Bruto, y despidiéndose de él, se fueron cada uno en busca de sus amigos.

XI Había entre los amigos de Pompeyo un tal Quinto Ligario, a quien César había absuelto de la causa contra él intentada con este motivo. No estando agradecido por la absolución que consiguió, sino resentido siempre por el origen que la acusación tuvo,

era enemigo de César, y uno de los más íntimos amigos de Bruto; y habiendo ido éste a verle con ocasión de hallarse enfermo, “¡Oh Ligario- le dijo-, en qué ocasión estás malo!”, y él, levantándose al punto apoyado en el codo, y tomándole la diestra: “Si tienes ¡oh Bruto!- le dijo- algún pensamiento que sea digno de ti, en este caso estoy bueno”.

XII. En consecuencia de esto iban tanteando con cuidado a aquellos de sus conocidos que les inspiraban mayor confianza, comunicándoles el secreto y asociándolos a la empresa, para lo que hacían elección, no precisamente de los más amigos, sino de los que sabían que eran más resueltos, teniendo al mismo tiempo opinión de virtud y de que miraban con desprecio la muerte. Por esta causa se guardaron de Cicerón, que en cuanto a fidelidad y en cuanto a afecto era el primero para todos ellos, no fuera que, faltándole por carácter la osadía y habiendo adquirido antes de tiempo la circunspección y cautela de los viejos, que le hacía proceder en todo con la mayor cuenta, aspirando a una absoluta seguridad, embotara los filos de su resolución en un negocio que lo que requería era presteza. Entre otros de sus amigos también dejó Bruto a un lado a Estatilio el epicúreo y a Favonio, el admirador de Catón, porque habiéndoles hecho alguna remota indicación, y aun ésta por rodeos, en la conversación familiar y tratando asuntos de filosofía, Favonio le respondió que la guerra civil era peor que una monarquía ilegítima, y Estatilio le expresó que al hombre sabio y de juicio no le estaba bien ni le incumbía exponerse a nada, ni perder su quietud por los necios y malos. Hallábase presente Labeón, y contradijo a uno y a otro, y Bruto, haciendo como que tenía la cuestión por difícil y de no expedita resolución, calló por entonces, pero luego participó a Labeón el proyecto. Entró en él con calor, y después les pareció conveniente solicitar y atraer al otro Bruto, llamado por sobrenombre Albino, pues aunque de suyo no era esforzado ni de grande ánimo, contaba con el apoyo de un gran número de gladiadores que estaba manteniendo para darlos en espectáculo a los romanos, y gozaba, además, de la confianza de César. Habiéndole hablado primero Casio y Labeón, nada les respondió; pero yendo él en seguida a buscar a Bruto, enterado de que éste estaba al frente de la empresa, se ofrecía a concurrir a ella con la más pronta voluntad, habiendo sido la reputación de Bruto la que atrajo a los más y a los de mayor crédito y opinión de virtud: y sin embargo de que nada juraron, de que se dieron seguridades de unos a otros, ni intervino ningún sacrificio, de tal manera guardaron el secreto en su pecho, lo callaron y reservaron, que se hizo increíble su designio, a pesar de que los agüeros, los prodigios y las víctimas de los dioses lo estaban anunciando.

XIII. Veía Bruto que pendía de él lo más excelente de Roma en saber, en linaje y en virtud, y se le representaba todo el peligro; mas con todo, fuera de casa procuraba encerrar dentro de sí mismo su cuidado y componer su semblante. Dentro de ella y por la noche ya no era lo mismo, sino que de una parte la grandeza del cuidado le descubría contra su voluntad durante el sueño, y de otra, embebido en la idea y agitado en dudas, no podía ocultar a su mujer, compañera de su lecho, que traía una inquietud desacostumbrada, y que revolvía en su ánimo algún proyecto peligroso y difícil. Era Porcia hija, como hemos dicho, de Catón, y se casó con ella Bruto, su primo, no de doncella, sino de viuda, cuando todavía era jovencita, muerto su primer marido, habiéndole quedado de éste un niño de corta edad llamado Bíbulo, del cual se conserva todavía hoy un librito con el título de Cosas memorables de Bruto. Siendo Porcia mujer dada a la filosofía, amante de su marido y llena de prudencia y, cordura, no se resolvió a preguntar a éste acerca de su secreto, sin haber hecho antes en sí misma la siguiente prueba. Tomó una navaja de aquellas con que los barberos cortan las uñas, y habiendo hecho retirar del dormitorio a todas las criadas, se hizo en el muslo una cortadura profunda, tanto, que fue muy grande el flujo de sangre que se siguió, y se le levantaron

vivos dolores y violenta fiebre de resultas de la herida. Angustiábase Bruto y lo sentía profundamente, mientras Porcia, en lo más recio de su incomodidad, le habló de esta manera: “Yo, Bruto, siendo hija de Catón vine a tu casa, no como las concubinas a participar sólo de tu lecho y de tu mesa, sino a participar también de tus satisfacciones y de tus pesares. Por lo que hace a ti, no tengo de qué quejarme; pero de mi parte, ¿qué prueba o qué retribución te puedo dar, si ni siquiera divides conmigo tus secretos, y un cuidado que al parecer exige fidelidad? Bien sé que la naturaleza femenil es débil para poder guardar secreto; pero alguna fuerza tienen ¡oh Bruto! la buena educación y el honesto trato. En mí, con ser hija de Catón, se reúne el ser mujer de Bruto; y si antes podía desconfiar de poder corresponder a estos títulos, ahora ya estoy cierta de que aun al dolor soy invencible”. Y al decir esto le muestra la herida y le refiere la prueba que había hecho. Quedó Bruto pasmado, y tendiendo las manos pidió a los dioses le concedieran salir bien de la empresa, y comparecer como marido digno de Porcia, tomando después disposición para la curación de aquella heroica mujer.

XIV. Convocado un Senado, al que no se dudaba asistiría César, se determinaron a que en él fuese la ejecución, porque allí podrían estar juntos sin hacerse sospechosos, y se hallarían presentes los mejores y más distinguidos ciudadanos; y efectuado aquel gran designio, al punto declararían restablecida la libertad. Hasta el lugar parecía designado por los dioses, y que les era favorable, porque era un pórtico unido al teatro con asientos alrededor, en el que había una estatua de Pompeyo erigida allí por la república cuando éste embelleció aquel sitio con los pórticos y el teatro. Para aquel pórtico se había convocado el Senado que había de tenerse a mitad de marzo, en el día que es llamado los Idus por los Romanos; de manera que parece que algún genio condujo allí a César para ser inmolado en desagravio a Pompeyo. Llegado este día, Bruto salió de su casa con un puñal en la cinta, sin que lo supiese otro que su mujer, los demás, habiéndose juntado en casa de Casio, acompañaron a la plaza a un hijo suyo que iba a tomar la toga viril. Desde la plaza pasaron todos al pórtico de Pompeyo, donde hacían tiempo, porque se decía que César iba a venir luego al Senado. De lo que allí se hubiera admirado cualquiera que estuviese en lo que iba a suceder sería de la serenidad e imperturbabilidad de aquellos hombres, porque teniendo muchos, por ser pretores, que celebrar audiencia, no sólo oyeron tranquilamente, como si nada llamase su atención, a cuantos acudieron y se presentaron, sino que dieron unas sentencias arregladas y cuales correspondía, viéndose que se habían enterado con cuidado de los negocios. Hubo un ciudadano que, no queriendo sujetarse a pagar una multa que se le habla impuesto, apeló a César, gritando y alborotando acaloradamente, y Bruto, vuelto a los que se hallaban presentes: “A mí- les dijo- César no me quita ni me quitará que decida conforme a las leyes”.

XV. Sucediéronles, sin embargo, muchos accidentes propios para hacer que se sobresaltasen: el primero, haberse tardado César hasta estar muy adelantado el día, siendo detenido en casa por su mujer sin resolverse a hacer las libaciones, e impedido para salir por los agoreros. Segundo, llegándose uno a Casca, que era de los conjurados, le tomó de la mano y le dijo: “Tú bien te has guardado de mí ¡oh Casca! y no has querido decirme nada; pero Bruto me lo ha manifestado todo”. Como Casca se quedase pasmado, echándose el otro a reír: “¿De dónde, amigo- le dijo-, has enriquecido tan pronto para aspirar a ser edil?” ¡Tan expuesto estuvo Casca a deslizarse, y con la duda hacer traición al secreto! Al mismo y a Casio los saludó con la mayor expresión un varón senatorio llamado Popilio Lenas, y hablándoles pasito al oído: “Hago votos con vosotros- les dijo- para que tenga próspero fin lo que meditáis, y os aconsejo que no deis largas, porque no deja de divulgarse vuestro intento”. Y dicho esto se retiró, haciéndoles sospechar que ya la cosa era pública. En esto corrió uno a Bruto desde su

casa, anunciándole que su mujer se moría, porque Porcia, agitada con la idea de lo que sucedería, y no pudiendo llevar un cuidado de tal tamaño, con dificultad podía estar queda en casa, y saliendo fuera de sí a cualquiera voz o cualquiera ruido, a manera de las que están poseídas de los furios báquicos, a cuantos llegaban de la plaza les preguntaba: “¿Qué hace Bruto?”, y continuamente después de éstos estaba enviando otros. Por último, como pasase mucho tiempo, ya su naturaleza no pudo resistir más, sino que se quebrantó y abatió, faltándole el espíritu en aquellas angustias, y antes de poder retirarse a su cuarto, sentada como estaba en el patio entre las criadas, la sobrecogió un desmayo con una violenta convulsión. Mudósele asimismo el color y perdió enteramente la voz, con lo que aquellas levantaron el grito, y acudiendo con presteza los vecinos a la puerta de casa, corrió al punto el rumor y la fama de que era muerta; pero recobróse luego, y vuelta en sí, las mujeres que tenía a su lado pensaron en los medios de que se recobrase; mas Bruto, aunque se turbó, como era natural, con la voz que llegó a sus oídos, no por eso abandonó el interés común por acudir al propio, arrastrado de su particular afecto.

XVI Anuncióse en esto que llegaba César conducido en litera, porque, desalentado con lo que habían significado las víctimas, iba en ánimo de no resolver negocio ninguno de entidad, sino diferirlos, pretextando hallarse indispuerto. Arrimósele al apearse de la litera aquel mismo Popilio Lenas, que poco antes había manifestado a Bruto y Casio que hacía votos por que acometieran y salieran bien de su empresa, y se puso a hablar con él por bastante tiempo, teniéndole parado y atento a lo que le decía. Los conjurados, si así se les puede llamar, no percibían lo que le hablaba; pero conjeturando, por lo que tenían en su imaginación, que aquel coloquio era una denuncia de su proyecto, quedaron enteramente desconcertados, y mirándose unos a otros, se advertía en sus semblantes que miraban como indispensable el no aguardar a que los prendieran, sino quitarse la vida por su propia mano. Casio y algunos más se observaba que por debajo de la toga empuñaban las espadas; pero Bruto, notando que la disposición y actitud de Lenas era de hombre que rogaba con ahínco, y no de quien denunciaba, aunque nada dijo, porque se hallaban entre otros muchos, con mostrar un semblante alegre, tranquilizó a Casio y a los demás. De allí a poco, Lenas besó la mano a César, y se retiró, no dejando duda con esto de que le había hablado de sí mismo, o de cosa que le pertenecía.

XVII. Al entrar el Senado en el salón, los demás conjurados se colocaron alrededor de la silla de César, como si tuvieran algo que tratar con él, y se dice que Casio, volviéndose a la estatua de Pompeyo, imploró su auxilio como si le oyera, mientras Trebonio, saludando a Antonio, y trabando conversación con él, le detuvo a la parte de afuera. Al entrar César se levantó el Senado; pero luego que se sentó, aquellos le rodearon en tropel, enviando delante a Tulio Cimbro, con pretexto de pedirle por un hermano desterrado; todos intercedían con él, tomando a César las manos y besándole en el pecho y la cabeza. Al principio desechó sus súplicas; pero viendo que no desistían, se levantó con enfado, y entonces Tulio retiró con entrambas manos la toga de los hombros, y Casca fue el primero, porque se hallaba a la espalda, que, desenvainando el puñal, le dio una herida poco profunda en el hombro. Echóle mano César a la empuñadura y, dando un grito, le dijo en lengua latina: “Malvado Casca, ¿qué haces?” Y éste, llamando a su hermano, le pedía en griego que le socorriese. Herido ya de muchos, miró en rededor, queriendo apartarlos; pero cuando vio que Bruto alzaba el puñal contra él, soltó la mano de que tenía asido a Casca, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó el cuerpo a los golpes. Hiriéronle sin compasión, empleándose contra su persona muchos puñales, con los que se lastimaron unos a otros, tanto que Bruto recibió una herida en una mano, queriendo concurrir a aquella muerte, y todos se mancharon de sangre.

XVIII. Muerto César de esta manera, Bruto saliendo en medio del salón, quiso hablar para contener al Senado, procurando tranquilizarle: pero éste huyó en desorden, y en la puerta hubo gran confusión, atropellándose unos a otros, sin que nadie los persiguiese ni los impeliese, porque los conjurados tenían firmemente resuelto no dar muerte a ninguno otro, sino llamar y restituir a todos los ciudadanos a la libertad. Al principio, cuando empezaron a tratar del proyecto, a todos los demás les había parecido conveniente acabar después de César con Antonio, hombre inclinado a la tiranía, insolente, que se había formado cierto poder por medio de su trato y familiaridad con los soldados, y que más que con su osadía natural y su ambición reunía entonces la dignidad del consulado, siendo colega de César; pero Bruto se opuso a este pensamiento, alegando primero que no era justo, y recurriendo en segundo lugar a la esperanza de que podía mudar, porque no desconfiaba de que, siendo Antonio de buena índole, ambicioso y amante de gloria, quitado el estorbo de César, querría cooperar a la libertad de la patria, excitado a lo honesto con el ejemplo y por la emulación con ellos. De este modo salvó Bruto a Antonio, el cual, en aquellos primeros instantes de miedo, huyó disfrazado con el traje de un hombre plebeyo. Bruto y sus socios corrían al Capitolio con las manos ensangrentadas, y mostrando los puñales desnudos, llamaban a los ciudadanos a la libertad. Al principio hubo en la ciudad lamentos, y las carreras que con motivo del suceso no pudieron menos de verificarse aumentaron la turbación y desorden; pero cuando se vio que no había ninguna otra muerte, ni ningún robo de las cosas que estaban a mano, subieron confiados en busca de los de la conjuración al Capitolio los senadores y muchos de los de la plebe. Habiéndose juntado un gran concurso, habló Bruto al pueblo en términos propios para atraerle, y convenientes a lo que se había ejecutado. Como aplaudiesen y les gritasen que bajaran, bajaron sin recelo a la plaza los demás juntos en pos unos de otros; pero a Bruto, desde lo alto, lo condujeron en medio con gran pompa muchos de los principales, hasta colocarlo en la tribuna en el sitio que se llama los Rostros. A este espectáculo la muchedumbre, aunque de muchas castas y con disposición de tumultuarse, tuvo respeto a Bruto, y esperó con orden y en silencio a ver lo que era aquello; habiéndose presentado a hablar, prestaron atención a lo que decía; pero mostraron luego que no era de su agrado lo sucedido, pues habiendo empezado a hablar Cina acusando a César, se mostraron irritados y le llenaron de improperios, hasta tal punto que tuvieron que retirarse otra vez al Capitolio. Allí, temiendo Bruto que se les sitiase, despidió a los ciudadanos más valerosos, que eran los que los habían acompañado, por no considerar justo que, no habiendo tenido parte en la culpa, la tuvieran en el peligro.

XIX. Con todo, reunido al otro día el Senado en el templo de la Tierra, como Antonio, Planco y Cicerón propusiesen una amnistía y concordia, pareció conveniente no sólo ofrecer la impunidad a los conjurados, sino que además los cónsules consultasen acerca de los honores que habían de concedérseles; tomados estos acuerdos, se disolvió el Senado. Envió enseguida Antonio a su hijo como en rehenes al Capitolio, con lo que bajaron Bruto y los suyos, saludándose y abrazándose todos mutuamente, confundidos unos con otros, y a Casio se le llevó Antonio a cenar a su casa, a Bruto Lépidio, y de los demás cada uno a aquel con quien tenía mayor amistad, o a quien miraba con más inclinación. Congregado otra vez al día siguiente al amanecer el Senado, en primer lugar se decretaron honores a Antonio, por ser quien cortaba y sofocaba el germen de la guerra civil, y después de prorrumpir todos los presentes en alabanzas de Bruto, se procedió a la distribución de las provincias, decretándose a Bruto la isla de Creta; a Casio, el África; a Trebonio, el Asia; a Cimbro, la Bitinia, y al otro Bruto, la Galia confinante con el Po.

XX. Tratóse después de esto del testamento y de las exequias de César, y pretendiendo Antonio que aquel se leyese y que el entierro no fuese oculto y sin la debida pompa, para no dar nueva ocasión de incomodidad al pueblo, Casio se le opuso con ardor; pero Bruto cedió y se prestó a su deseo, cometiendo en esto una nueva falta a juicio de todos, pues ya con haber conservado la vida a Antonio se creyó que había creado a la conjuración un enemigo poderoso y malo de reducir, y que ahora, con haber condescendido en que las exequias se hicieran según el deseo de Antonio, había consumado el anterior yerro. Porque, en primer lugar, como por el testamento se hubiesen de dar setenta y cinco dracmas a cada uno de los Romanos y se hubiesen legado al pueblo los huertos que tenía César al otro lado del río, donde está ahora el templo de la Fortuna, fue grande el amor y deseo que de él se excitó en los ciudadanos; y después, traído el cadáver a la plaza, como Antonio hiciese su elogio según costumbre y viese al recorrer sus hechos que la muchedumbre se mostraba conmovida, queriendo inclinarla a la compasión, tomó en sus manos la túnica de César empapada en sangre, y la manifestó desplegada, haciendo que apareciese el gran número de las heridas. Con esto ya todo se puso en desorden, porque empezaron unos a gritar que se diera muerte a los asesinos, y arrebatando otros, como antes se había hecho con el tribuno de la plebe Clodio, los escaños y mesas de las oficinas, los amontonaron y levantaron una grande hoguera, sobre la que pusieron el cadáver, quemándole y como consagrándole en medio de muchos lugares santos, inaccesibles e inviolables. No bien se encendió el fuego, cuando unos por una parte y otros por otra, tomando tizones a medio quemar, corrieron a las casas de los matadores para incendiarlas; pero éstos, fortificándose muy bien, evitaron entonces el peligro. Había un tal Cina, poeta, el cual no sólo había tenido parte alguna en la conjuración, sino que más bien era de los amigos de César. Había tenido un sueño en el que le parecía que, convidado por César a la cena, se había excusado; pero éste se había empeñado y precisándole a asistir, y que, por fin, tomándole de la mano, le había introducido a un sitio anchuroso y oscuro, al que con repugnancia y susto le había seguido. Después de este sueño, hizo la casualidad que en aquella noche le dio calentura, y sin embargo, siendo a la mañana el entierro, creyó que sería reparable el no concurrir, por lo que se metió entre la muchedumbre, que ya andaba alborotada. Viéronle, y teniéndolo por otro del que era, pues creyeron fuese el que pocos días antes había llenado de improperios a César en el Senado, le hicieron pedazos.

XXI Después de la mudanza de Antonio, esta disposición del pueblo fue la que más cuidado dio a Bruto y a los suyos, obligándoles a salir de la ciudad y a detenerse desde luego en Ancio, dando lugar a que se pasase y disipase el encono para volver después a Roma, lo que esperaban se verificaría pronto en una muchedumbre en quien el ímpetu de la ira es inconstante y momentáneo, y más teniendo de su parte al Senado, que, dejando a un lado a los despedazadores de Cina, había hecho formar causa y poner presos a los que se habían dirigido contra las casas de los otros. Agregábase a esto que, disgustado ya el pueblo porque Antonio casi se había erigido en monarca, echaba de menos a Bruto, de quien aguardaba que concurriría a dar en persona los juegos de que con motivo de su pretura era deudor a la ciudad; pero habiendo éste sabido que muchos de los que habían militado con César, y habían recibido de su mano tierras y ciudades, le armaban asechanzas, introduciéndose a este efecto en partidas pequeñas en la ciudad, no se atrevió a venir, y el pueblo gozó de los espectáculos en su ausencia, sin que por eso se perdonase gasto o dejasen de ser brillantes; porque teniendo compradas muchas tierras, dio orden de que nada se reservase u omitiese, sino que se hiciera uso de todo, y bajando él mismo a Nápoles, habló por sí a muchos de los representantes, y acerca de un tal Canucio, que en los teatros gozaba entonces de la mayor fama, escribió a sus amigos para que trataran con él y se lo agenciasen, porque no era permitido hacer violencia a

ningún griego. Escribió también a Cicerón, rogándole que no dejase de asistir a los juegos.

XXII. Cuando se hallaban los negocios en este estado, sobrevino otra mudanza con la llegada de César el joven, porque siendo hijo de una sobrina del dictador, lo adoptó éste por hijo suyo y le nombró su heredero. Hallábase en Apolonia cuando fue muerto César, entregado al estudio de la elocuencia, y además esperaba allí a éste, que tenía resuelto marchar muy en breve contra los Partos. Luego que tuvo noticia de aquel suceso, se vino a Roma, y tomando el nombre de César por principio de hacer suya la muchedumbre, con esto y con distribuir a los ciudadanos el dinero que les había sido legado se formó un partido contra el de Antonio, y haciendo otros donativos, ganó y atrajo al suyo a muchos de los que habían militado bajo César. Como Cicerón, por su odio contra Antonio, favoreciese los intentos de César, Bruto le reprendió ásperamente, escribiéndole que Cicerón no esquivaba tener un señor, sino que lo que temía era un señor que le aborreciese, y trabajaba por la elección de una servidumbre más benigna, escribiendo y diciendo que César era humano, “y nuestros padres-añadía- no podían sufrir señores, por benignos y suaves que fuesen, y que si bien entonces no se determinaba a hacer la guerra, tampoco a estarse absolutamente en ocio, pues lo que tenía firmemente resuelto era no ser esclavo, admirándose de que Cicerón temiese la guerra civil y sus peligros, y no mirase con horror una paz ignominiosa e indigna, pidiendo por salario de derribar a Antonio el tener a César por tirano”.

XXIII. Así hablaba Bruto en sus primeras cartas; pero cuando ya todo quedó dividido entre César y Antonio, y los ejércitos se vendían, como en subasta, al que más daba, desesperando enteramente de los negocios, determinó dejar la Italia, y a pie se encaminó a Elea, en busca del mar, por la Lucania. Debiendo Porcia regresar desde allí a Roma, quería ejecutarlo sin noticia de Bruto, por la gran pena que le causaba; pero un cuadro le hizo traición y la descubrió en medio de que era mujer de mucho espíritu, porque contenía un suceso griego que era la despedida de Héctor, llevándose consigo Andrómaca el hijo, y quedándose con los ojos fijos en aquel. La representación de este acto tan tierno le arrancó a Porcia las lágrimas, y yéndosele todo el día en mirarle, prorrumplía en sollozos; y como Acilio, uno de los amigos de Bruto, recitase aquellos versos de Andrómaca a Héctor: Tú me eres, Héctor, padre y madre cara, y amado hermano, y floreciente esposo, dijo sonriéndose Bruto: “Pues en cuanto a mí, no cuadra replicar con lo que respondió Héctor: Tú a las criadas de la rueca y telas la diaria tarea les reparte; porque si le falta a Porcia el cuerpo para igualarnos en hechos de valor, en su ánimo se sacrifica por la patria al par de nosotros”. Así nos lo dejó escrito el hijo de Porcia, Bíbulo.

XXIV. Embarcándose allí Bruto, se dirigió a Atenas, donde el pueblo le hizo el más afectuoso recibimiento por medio de aclamaciones y decretos. Habiéndose alojado en casa de un huésped suyo, se dedicó a oír al académico Teomnesto y al peripatético Cratipo; entregado con ellos a la filosofía, parecía que estaba ocioso y del todo descuidado; pero procuraba en tanto las cosas de la guerra sin dar de sí la menor sospecha, porque envió a la Macedonia a Heróstrato para ir atrayendo a los que en aquella parte mandaban tropas, y en Atenas hizo de su partido a los jóvenes romanos que estaban allí haciendo sus estudios, entre los cuales se hallaba el hijo de Cicerón, al que celebra sobremanera, diciendo que, despierto o dormido, siempre se admiraba de verle ciudadano, y tan excelente y tan enemigo de tiranos. Dando ya a las claras principio a su empresa, como supiese que no se hallaban lejos algunas embarcaciones romanas que conducían caudales del Asia, y que en ellas navegaba el pretor, varón de buen carácter y conocido suyo, salió a avistarse con él cerca de Caristo. Hablóle, y habiéndole traído a su propósito, entregado de las naves, quiso agasajarlo con esplendor,

porque hacía la casualidad que esto era en el día natal de Bruto. Cuando hubo llegado el momento de beber, se echaron brindis por la victoria de Bruto y por la libertad de Roma, y queriendo éste confirmarlos más en su partido, pidió un vaso mayor, y tomándole, sin ocasión ni motivo ninguno prorrumpió en este verso: Matóme el hado, y el Latonio Apolo. Añaden a esto que cuando en Filipos salió por correr la suerte de la última batalla, la seña que dio a sus soldados fue Apolo, por lo que el haber prorrumplido en aquel verso se ha tenido por indicio y anuncio de su última desventura. XXV. Además de esto, Antistio le dio quinientos mil sesteracios del dinero que trajera también a Italia. Acudían de otra parte a él con el mayor placer cuantos andaban errantes de los que pertenecieron al ejército de Pompeyo, y quitó a Cina quinientos caballos que conducía para Dolabela al Asia. Pasó por mar a Demetríade y se apoderó de crecido número de armas que se remitían entonces a Antonio, habiendo sido antes allegadas de orden de César el Dictador para la guerra contra los Partos. Hízole entrega Hortensio de la Macedonia, y cuando se habían sublevado y puesto de su parte los reyes y potentados de todo aquel país, se le da la noticia de que Gayo, el hermano de Antonio, llegado de Italia, se dirigía a los acantonamientos de las tropas que Gabino había reunido en Dirraquio y Apolonia. Deseando, pues, Bruto anticiparse y tomarlas para sí, movió sin dilación con los que consigo tenía, y en medio de la nieve marchó por lugares ásperos y difíciles, adelantándose mucho a los que llevaban las provisiones de boca. Llegado ya cerca de Dirraquio, con la fatiga y el frío experimentó una cruel hambre, accidente que suele hacerse sentir a las bestias y a los hombres cuando se fatigan en tiempo de nieves, o porque el calor, retirándose todo adentro, con la frialdad y condensación consume mucho alimento, o porque cierto soplo delgado y tenue que despide la nieve al deshacerse corta el cuerpo y descompone el calor que está difundido por todo él, pues aun el sudor se dice que proviene del calor que se apaga en la superficie al encontrarse con el frío. Mas de estas cosas hemos tratado con mayor detención en otros escritos.

XXVI Estando Bruto a punto de desfallecer, sin que hubiese nadie que pudiera alargarle algún alimento, se vieron los que le acompañaban en la precisión de acogerse al auxilio de los enemigos, y llegándose a las puertas, pidieron pan a los de la guardia. Éstos, al oír lo que había sucedido a Bruto, fueron a presentársele, llevándole qué comer y qué beber, en recompensa de lo cual, cuando tomó la ciudad, no sólo trató a éstos con singular humanidad, sino a todos por amor de ellos. Gayo Antonio, al pasar cerca de Apolonia, llamó para que se le reuniesen los soldados que allí tenía; pero como éstos se habían incorporado a Bruto, y entendió que los apoloniatas eran asimismo de su partido, sin tocar en la ciudad se encaminó a la de Butroto. Perdió, en primer lugar, en aquella jornada tres cohortes, destrozadas por Bruto, y queriendo después arrojar a los que habían tomado ciertos puestos cerca de Bulis, para lo que trabó combate con Cicerón, fue de él vencido; porque éste fue el caudillo de quien se valió entonces Bruto, y por su medio obtuvo ventajas en diferentes encuentros. Sorprendiendo después a Gayo en estado de tener esparcidas sus fuerzas en lugares pantanosos, no permitió que se le acometiera estando sólo a la vista con la caballería, y dando orden de que no se le molestara, pues que dentro de poco habrían de contarse entre los suyos, lo que efectivamente sucedió, porque se entregaron ellos mismos, y entregaron al pretor, con lo que Bruto llegó a reunir considerables fuerzas. Por bastante tiempo mantuvo a Gayo en sus honores, sin quitarle las insignias de su autoridad, no obstante que Cicerón y otros muchos le escribían de Roma que se deshiciese de él; fiero cuando ya empezó a tentar a los jefes y a promover alteraciones, lo puso preso en una nave. Los soldados, seducidos por él, se marcharon entonces a Apolonia, y como llamasen a Bruto para que fuese a tratar con ellos, les respondió que esto era ajeno a las costumbres patrias, según las

cuales ellos eran los que debían ir en busca del general para tratar de aplacar su enojo por el yerro cometido; y habiéndolo así ejecutado, les concedió el perdón.

XXVII. Estando para trasladarse al Asia, le llegaron nuevas de las mudanzas ocurridas en Roma, porque el nuevo César al principio había sido ayudado por el Senado contra Antonio; pero después que hubo arrojado a éste de la Italia, ya él mismo había empezado a causar justos recelos, aspirando al consulado contra la ley, y manteniendo numerosas tropas cuando la república para nada las había menester. Como él viese, pues, que esto el Senado lo llevaba a mal, y que dirigía sus miradas afuera, fijándolas en Bruto, a quien había hecho confirmar por nuevo decreto sus provincias, comenzó a temer, y además de enviar personas que solicitaran a Antonio a hacer amistad con él, acantonando las tropas en los contornos de la ciudad, obtuvo el consulado, siendo apenas mozo de veinte años, como él mismo lo escribió en sus Comentarios. Intentó enseguida causa capital contra Bruto y sus cómplices por haber dado muerte, sin juicio precedente, a un hombre tan principal como César, constituido en las mayores dignidades, y presentó por acusadores: de Bruto, a Lucio Cornificio, y a Marco Agripa, de Casio. Declaradas por desiertas las causas, los jueces tuvieron por fuerza que pronunciar sentencia condenatoria; dicese que al llamar el pregonero a Bruto a juicio desde el tribunal, según es de estilo, la muchedumbre abiertamente prorrumpió en sollozos, que los primeros ciudadanos, bajando los ojos a tierra, no se atrevieron a hacer ninguna demostración, y que, habiéndose visto llorar a Publio Silicio, por este solo motivo de allí a poco fue uno de los proscritos a muerte. Después, reconciliados entre sí los tres, César, Antonio y Lépido, se repartieron las provincias y extendieron tablas de proscripción a muerte de doscientas personas, entre las que murió Cicerón.

XXVIII. Anunciados en la Macedonia estos sucesos, no pudo contenerse Bruto de escribir a Hortensio que diera muerte a Gayo Antonio, en debida satisfacción por Decio Bruto y por Cicerón; por éste, como amigo, y por aquel, en razón del deudo de parentesco que con él tenía. Por lo tanto, habiendo venido después Hortensio en Filipos a las manos de Antonio, le dio éste muerte sobre el sepulcro de su hermano. Dicese de Bruto haber sido más la vergüenza que le causó el motivo de la muerte de Cicerón que el dolor que sintió por ella; lo que echó en cara a sus amigos de Roma, diciéndoles que más servían por culpa suya propia que por culpa de los tiranos, viendo y presenciando cosas que ni oírse podían con paciencia. Pasando, pues, al Asia el ejército, que ya era brillante, se dedicó a prevenir y formar su armada en la Bitinia y en las cercanías de Cícico: y recorriendo por tierra las ciudades, procuró mantenerlas en sujeción, dio audiencia a los poderosos y escribió a Casio llamándole del Egipto a la Siria; pues siendo así que ellos no tanto ejercían una magistratura cuanto que se constituían en libertadores de su patria, traían divididas y errantes aquellas fuerzas con que habían de destruir a los tiranos, cuando convenía que, puesta la atención y el cuidado en aquel propósito, no se alejaran mucho de la Italia, sino que a ella marcharan para ir en socorro de los ciudadanos. Como Casio se hubiese mostrado pronto y bajase a su llamamiento, fue a encontrarse con él, y se vieron por primera vez en Esmirna, desde que, separados en el Pireo, el uno se había encaminado a la Siria y el otro a la Macedonia. Fue, pues, grande el placer y la confianza que mutuamente tuvieron en vista de las fuerzas que cada uno de los dos había reunido, por cuanto, habiendo partido de la Italia comparables a los más oscuros desterrados, sin dinero, ni armas, ni un barco, ni un soldado, ni una sola ciudad de su parte, antes que hubiese pasado mas que un breve tiempo habían vuelto a juntarse disponiendo ya de tantas naves, tanta caballería e infantería y tantos fondos, que podían entrar dignamente en contienda sobre el Imperio de Roma.

XXIX. Pensaba Casio que el honor entre ambos debía ser igual; pero le previno Bruto, siendo por lo común el que iba a buscarle, ya porque aquel le precedía en edad, y ya

porque no tenía una constitución igualmente robusta para el trabajo. La opinión que se tenía de Casio era creerle inteligente en las cosas de la guerra, pronto a la ira, de los que se hacen obedecer por el miedo, y para con los amigos y familiares, de sobra chistoso y decididor. De Bruto se refiere que era amado de la muchedumbre por su virtud, adorado de sus amigos, admirado de los buenos, y de nadie aborrecido, ni aun de los enemigos, por ser hombre de una índole sumamente benigna, magnánimo, impasible a la ira, al deleite y a la codicia, y que mantenía siempre su ánimo firme e inflexible en lo honesto y en lo justo. Sobre todo, lo que principalmente le ganó el afecto general fue la confianza que se tenía en la rectitud de sus intenciones; porque ni del mismo Pompeyo, apellidado grande, se esperaba que, si vencía a César, cediera de su poder en obsequio de las leyes, sino que conservaría siempre el mando con el nombre de cónsul, de dictador u otro más suave que sirviera para embaucar al pueblo. De este mismo Casio, hombre violento e iracundo, y que muchas veces declinaba a lo útil de lo justo, más creían todos que peleaba, peregrinaba y se exponía a los peligros para procurarse algún poder que para procurar la libertad a sus conciudadanos. Porque aun tomándolo de más antiguo, a los Cinas, los Marios y Carbones, proponiéndose la Patria por premio y por despojo, no les faltó mas que decir a las claras que combatían por la tiranía; pero a Bruto ni sus mismos enemigos le atribuyeron semejante mudanza, y antes se refiere que muchos oyeron decir a Antonio que de sólo Bruto se creía haber herido a César movido de la belleza y excelencia de la acción, y que los demás fueron impelidos de odio y envidia contra su persona, coligiéndose de lo mismo que nos dejó escrito que más obró en él la virtud que la ambición. Escribía, pues, a Ático estando ya próximo al peligro: “Que sus cosas se hallaban en el mejor punto posible de fortuna, porque o venciendo daría la libertad al pueblo romano, o vencido quedaría libre de servidumbre; y siéndoles todo lo demás cierto y seguro, una sola cosa era la incierta: si vivirían o si morirían con libertad. Decía que Marco Antonio llevaría la pena debida a su inconsideración, pues pudiendo ser contado entre los Brutos, los Casios y los Catones, había preferido ser una dependencia de Octavio; y si ahora no es vencido con él, no se pasará mucho tiempo sin que éste le derribe”. Pareció que de este modo había adivinado acertadamente sobre lo futuro.

XXX. En Esmirna propuso que se le diese parte de los caudales que en gran cantidad había allegado Casio, pues él había gastado cuanto tenía en formar una escuadra con la que iban a ser dueños de todo el mar interior. No lo consentían los amigos de Casio, a quien hablaban de este modo: “No es justo que lo que con tus ahorros a costa de hacerte odioso has podido juntar lo recoja ahora aquel para hacer larguezas y recomendarse a los soldados”; sin embargo, le dio la tercera parte de todos los fondos. Separáronse de nuevo para atender cada uno a lo que le incumbía, y escogiendo Casio a Rodas, no trató bien a aquellos isleños, a pesar de que, habiéndole saludado a la llegada con los títulos de rey y señor, les respondió: “Ni rey ni señor, sino matador y castigador del que aspiraba a serlo”. Bruto pidió a los de Licia caudales y tropa, y como el demagogo Náucrates hubiese persuadido a las ciudades que no le obedeciesen, y hubiesen tomado ciertas alturas para impedir a Bruto el paso, en primer lugar envió contra ellos, mientras comían los ranchos, alguna caballería, que les mató seiscientos hombres, y apoderándose después del territorio y de las aldeas, los envió a todos libres sin rescate, queriendo atraer con el amor aquellas gentes. Mas ellos eran obstinados; guardaron el enojo por el mal que habían experimentado y despreciaron la humanidad y buen trato, hasta que, persiguiendo a los más belicosos, los encerró en Janto y les puso sitio. Corre por la ciudad un río, y nadando por debajo del agua conseguían escaparse; pero luego los cogía poniendo redes, que bajaban bien hondas, en cuyos extremos se habían colocado campanillas, y éstas anunciaban al punto que había caído alguno. Hicieron los

Jantios salida contra unas máquinas y los pegaron fuego; pero los sintieron los Romanos y los obligaron a encerrarse. Hacía a la sazón un fuerte viento, el cual arrojó las llamas sobre las almenas, por donde el fuego se comunicó a las casas vecinas, y temiendo Bruto por la ciudad, dio orden para que lo apagarán y fueran en su auxilio.

XXXI Apoderóse repentinamente de los Jantios un furor terrible y cual no es dado explicar, parecido más bien al deseo de morir; así, todos, con sus hijos y mujeres, libres, esclavos y de toda edad, lanzaban del muro a los enemigos, que iban en su auxilio contra el incendio, y recogiendo cañas, leña y todo combustible, atraían hacia la ciudad el fuego, echando en él todo material, y esforzándose por todas maneras de avivarlo y mantenerlo. Cuando, por haber corrido la llama y abarcado toda la ciudad, se descubrió terrible desde afuera, afligido Bruto con semejante acontecimiento, andaba a caballo alrededor deshaciéndose por darles socorro, y tendiendo las manos a los Jantios. les rogaba que tuvieran consideración y salvaran la ciudad; pero nadie le daba oídos sino que de mil maneras se mataban todos unos a otros, no sólo los hombres y las mujeres, sino aun los niños pequeños, de los cuales unos, con gritería y lamentos, se arrojaban al fuego; otros se estrellaban, tirándose desde lo alto, y otros se metían por las espadas de sus padres a buscar la muerte, descubriendo el cuello y pidiendo que los pasasen. Vióse, cuando ya estaba asolada la ciudad, una mujer colgada de un cordel, que tenía un niño muerto suspendido del cuello, y que con un hacha encendida se conocía haber dado fuego a su casa. Siendo éste un espectáculo tan trágico, no le sufrió a Bruto su corazón el verlo, y como aun el oírlo referir le arrancase lágrimas, ofreció por pregón premio a los soldados por cada uno de los Licios que salvaran, y se refiere que sólo fueron ciento cincuenta los que no esquivaron este beneficio. Así, los Jantios, como si hubiera un período de largo tiempo determinado por el Destino para la destrucción de la ciudad, renovaron entonces con el mayor arrojo la fortuna de sus antepasados, porque también éstos en la guerra pérsica se dieron del mismo modo muerte, incendiando la ciudad.

XXXII. Encontróse después Bruto con que la ciudad de Pátara trataba de hacerle fuerte resistencia, y no se atrevía a opugnarla por temor de otra locura igual; por tanto, como tuviese en su poder cautivas algunas mujeres, las envió libres sin rescate. Eran éstas hijas y mujeres de varones principales, y haciendo ver a los Patarenses ser Bruto un hombre sumamente moderado y justo, los persuadieron a ceder y hacer entrega de la ciudad, y de resultas se sometieron todos los demás y se pusieron en sus manos, contentos de que les hubiese cabido un caudillo tan justo y benigno; tal que, exigiendo Casio al mismo tiempo de los Rodios cuanto oro y plata tenían, de lo que recogió alrededor de ocho mil talentos, y multando a la ciudad sobre éstos en otros quinientos, él no impuso a los Licios más que ciento cincuenta talentos, y sin causarles ninguna otra vejación, partió de allí a la Jonia.

XXXIII. Muchos fueron los hechos dignos de memoria que entonces ejecutó, distribuyendo los honores y castigos según el mérito de cada uno; pero sólo referiré aquel que fue de mayor placer y satisfacción para él mismo y para todo Romano de buenos sentimientos. Cuando Pompeyo Magno arribó al Egipto y a Pelusio, huyendo de César, después de haber perdido aquella gran batalla, los tutores del rey, que todavía era niño, entraron en consejo con otros de sus amigos, y los dictámenes no estaban acordes, porque a unos les parecía que debía darse acogida a Pompeyo y a otros que convenía lanzarle del Egipto. Entonces un tal Teódoto de Quío, que se hallaba en la corte del rey en calidad de maestro asalariado de retórica, y que, a falta de otros hombres buenos, había sido admitido en el consejo, manifestó en su voto que erraban unos y otros, los que opinaban que se le recibiese y los que decían se le despidiera, pues lo que únicamente convenía era recibirle y darle muerte, añadiendo al terminar su discurso que hombre muerto no muerde. Siguió el conciliábulo este dictamen, y murió Pompeyo

Magno, siendo ejemplar de una resolución increíble e inesperada, y víctima de la elocuencia y habilidad de Teódoto, de lo que el mismo sofista se jactaba. Llegó al cabo de poco al Egipto César, y pagando los demás su merecido, perecieron aquellos malvados malamente; pero habiendo podido Teódoto alcanzar de la fortuna algún tiempo para una vida infame, menesterosa y errante, no pudo entonces ocultarse a Bruto mientras recorría el Asia, sino que, descubierto y recibiendo el condigno castigo, la muerte fue la que le Dionombre, no la vida.

XXXIV. Llamó en esto Bruto a Sardes a Casio, al que a su arribo salió a recibir con sus amigos, y puesto todo el ejército sobre las armas, a ambos les dio el dictado de emperadores. Sucedió lo que es natural en empresas grandes cuando son muchos los amigos y caudillos, que se suscitaron reconvenciones y sospechas de unos a otros: y antes de hacer ninguna otra cosa, cerrados en una cámara, sin que hubiese testigos de afuera, primero usaron de quejas y después de censuras y acusaciones. Como de aquí pasasen a las lágrimas y a palabras fuertes con acaloramiento, admirados los amigos de tan violento y pronto enfado, temían no pasara a más; pero no se resolvían a entrar.

Marco Favonio, el que se había propuesto por modelo a Catón, y que más que con el discurso hacía de filósofo con un calor y un ímpetu casi furioso, intentaba introducirse en la sala, y los esclavos pugnaban por impedirselo; pero era difícil contener a Favonio en tomando cualquier empeño, porque era violento en todo y sumamente resuelto, no haciéndole grande fuerza el ser senador romano; pero muchas veces, con lo cínico y libre de su franqueza, quitaba a los hechos lo que podían tener de ofensivos, y la importunidad misma solía tomarse a chanza y juego. Atropellando, pues, entonces a fuerza por las puertas, entró pronunciando con voz contrahecha aquellos versos que pone Homero en boca de Néstor: Oídme, pues que ambos sois más mozos. y los demás que siguen, a lo que Casio se puso a reír; pero Bruto le echó de allí, llamándolo verdadero can y falso cínico. Sin embargo, así tuvo fin por entonces aquella desazón, retirándose sin que pasara adelante. Dio Casio de cenar aquella noche, y Bruto llevó consigo a sus amigos; cuando se habían sentado, se presentó Favonio, que ya iba bañado, y protestando Bruto que acudía sin haberle convidado, le dijo que pasara a la silla más alta; pero él penetró por fuerza y tomó asiento en el medio, y el convite no dejó de ser entretenido y ameno.

XXXV. Al día siguiente, Bruto notó de infamia por sentencia a un ciudadano romano, buen militar y que le era fiel, llamado Lucio Pela, acusado en juicio de concusión por los Sardianos: esta determinación disgustó sobremanera a Casio, que pocos días antes se había contentado con reprender en secreto a dos amigos suyos acusados de los mismos crímenes, absolviéndolos en la sentencia, y manteniéndolos a su lado. Culpó, pues, a Bruto de sobradamente recto y justo en un tiempo en que era preciso usar de mucha discreción y humanidad; pero éste le trajo a la memoria los Idus de marzo, que fue el día en que dieron muerte a César, no porque él vejase y molestase a todos los hombres, sino porque otros lo ejecutaban a la sombra de su poder, de manera que si podía haber algún motivo para aflojar en la justicia, menos malo sería disimular con los amigos de César que ser indulgentes con los amigos propios que delinquieren, pues respecto de aquellos se diría que nos faltaba el valor cuando respecto de éstos pasaríamos plaza de injustos en momentos en que nos cercan tantos peligros y trabajos. ¡Tal era el modo de pensar de Bruto!

XXXVI Cuando estaban para pasar del Asia, se dice que a Bruto se le presentó un terrible portento, porque, con ser por naturaleza de poco dormir, aun reducía el sueño con sus ocupaciones y la templanza a un tiempo más estrecho; así es que nunca se acostaba de día, y de noche sólo reposaba cuando nada le quedaba que hacer, ni tenía con quien conferenciar, recogidos ya todos. Entonces, instando la guerra y teniendo

sobre sí todo el peso de los negocios de ella, puesta su atención en el resultado que tendría, sobre el anochecer, después de la cena, descansaba un poco, y luego todo el tiempo restante lo empleaba en los negocios urgentes. Despachados éstos y arreglados, leía en un libro hasta la tercera vigilia, que era cuando solían entrar a hablarle los centuriones y tribunos. Estando, pues, para pasar el ejército del Asia, era ya muy avanzada la noche, la tienda tenía luz bastante escasa, el ejército todo estaba en el mayor reposo, y hallándose meditando y echando cuentas entre sí sobre tantos asuntos, le pareció que entraba alguno. Volvióse a mirar a la puerta, y notó la terrible y fiera visión de un cuerpo de extraordinario aspecto que estaba en silencio al lado de su lecho. Tuvo resolución para hablarle y hacerle esta pregunta: “¿Quién eres tú, seas Dios u hombre, y a qué has venido aquí?” Y el fantasma le contestó: “Soy ¡oh Bruto! tu mal Genio, y me verás en Filipos”; a lo que Bruto le repuso sin turbarse: “Bien te veré”. XXXVII. Desaparecido que hubo el espectro, llamó a sus criados, que le dijeron no haber oído voz alguna ni notado ninguna visión; por entonces continuó en su vigilia, pero luego que se hizo de día, se fue a ver a Casio y le refirió lo ocurrido. Éste, que se hallaba imbuido en los principios de Epicuro, y en tales disputas solía estar en oposición con Bruto: “Doctrina nuestra es- le dijo a Bruto-que no es cierto todo lo que padecemos o vemos, sino que la sensación es una cosa fugitiva y falaz, siendo todavía la mente más pronta que ella, y dotada de la facultad de mudarla, sin que preceda causa conocida en toda especie o forma; porque la impresión es semejante a la cera, y el alma del hombre, que tiene en sí lo figurado y lo que figura, tiene el poder de variar y figurar fácilmente por sí una misma cosa, como se ve claro en las mudanzas y rarezas de los ensueños mientras dormimos, volviéndolas y revolviéndolas la fantasía de muy leve principio, y presentándonos toda especie de afectos e imágenes. En su poder está moverse cuando quiera, y su movimiento es o imaginación o conocimiento; y tu cuerpo mortificado tiene pendiente y agitado para estas conversiones tu espíritu. Por la que hace a Genios, lo probable es que no los hay, y que, aun cuando los haya, no tienen forma ni voz de hombre, ni poder ninguno que alcance a nosotros; por mí, yo desearía que estuviéramos confiados, no sólo con tantas armas, tantos caballos y tantas naves, sino también con el auxilio de los Dioses, siendo caudillos en tan honesta y santa empresa.” Con estos discursos alentó y consoló Casio a Bruto; y al salir del campamento los soldados, dos águilas se dirigieron con raudo vuelo a las primeras insignias, y marcharon y siguieron hasta Filipos, alimentadas por los mismos soldados, de donde se fueron con igual vuelo un día antes de la batalla.

XXXVIII. Las naciones que se encontraron al paso en la mayor parte las redujo Bruto a su obediencia, y si se les había desertado alguna ciudad o algún potentado, atrayéndolos otra vez a todos, llegaron así hasta el Mar de Taso. Allí, rodeando a las tropas de Norbano, acampado en las llamadas Gargantas y en las inmediaciones de Símbolo, le obligaron a abandonar el puesto, y estuvo en muy poco que se apoderaran de todas aquellas fuerzas, habiéndose quedado atrás César por hallarse enfermo., sino que vino en auxilio Antonio con tan maravillosa prontitud, que Bruto mismo no podía persuadirse. Vino así mismo César a los diez días, y se acampó en oposición de Bruto, y en oposición de Casio, Antonio. Al terreno que quedaba en medio le llamaban los Romanos los Campos Filipos, adonde acudieron entonces unos contra otros los mayores ejércitos de los Romanos. En el número no era el de Bruto muy inferior al de César; pero en el brillo y esplendor de las armas comparecía admirable, porque eran de oro en su mayor parte, y en todas ellas no se había escaseado la plata, en medio de que en todo lo demás tenía Bruto acostumbrados a los caudillos a usar de sobriedad y parsimonia en los gastos. Mas la riqueza que se trae entre manos y que adorna el cuerpo creía que

comunicaba cierta altivez a los que son de carácter ambicioso, y que los aficionados al interés se hacían más esforzados cuando en las armas que los rodean ven un caudal.

XXXIX. César hizo dentro del campamento la purificación de su ejército, repartiendo una pequeña cantidad de trigo y cinco dracmas por hombre para el sacrificio; pero Bruto, condenando su mezquindad y apocamiento, en primer lugar hizo la purificación en, campo raso, como es costumbre, y después suministrando para gran número de sacrificios por centurias, y dando cincuenta dracmas para cada soldado, en el amor y denuedo del ejército se aventajó mucho a los contrarios. A pesar de esto, en la purificación pareció que Casio tuvo contra sí una señal, infausta, y fue que el lictor le alargó al revés la corona, y se dice también que días antes una victoria de oro de Casio se había caído al suelo en cierta celebridad y pompa, por haber tropezado el que la llevaba. Dejéronse ver además por muchos días aves carnívoras en gran número sobre el campamento, y se notó que unos enjambres de abejas se posaron dentro del valladar en un solo sitio; el que los agoreros hubieron de hacer excluir de él para remediar una superstición que al mismo Casio lo sacaba de sus principios de la secta epicúrea, y que tenía enteramente acobardados a los soldados, por lo que no era su ánimo que por entonces se decidiese la guerra, sino que más bien se ganara tiempo, puesto que en cuanto a fondos eran superiores, y en armas y gente les excedían los enemigos. Mas Bruto, desde luego, había querido apresurar el resultado, o para restituir cuanto antes la libertad a la patria, o para redimir a todos los hombres del peso de los gastos, bagajes y nuevas demandas con que incesantemente eran molestados, y viendo entonces que su caballería en los encuentros y escaramuzas diarias vencía siempre y llevaba lo mejor, todavía cobró más ánimo. Como hubiese sucedido, por otra parte, en aquellos días que algunos se habían pasado a los enemigos y se hubiesen suscitado rencillas y sospechas de unos contra otros, muchos de los amigos de Casio abrazaron en el consejo de guerra el dictamen de Bruto; pero Atilio, uno de ellos, le contradecía proponiendo que se aguardara hasta el invierno. Preguntóle Bruto qué era en lo que pensaba mejorar al cabo de un año, y él respondió: “Cuando en otra cosa no habré vivido este tiempo más.” Habiendo incomodado esto sobremanera a Casio, no dejó de ofender a los demás, y quedó determinado que al día siguiente se había de dar la batalla.

XL. Bruto ostentó durante la cena las mejores esperanzas, haciendo uso de su instrucción en la filosofía, y se retiró a descansar. De Casio dice Mesala que cenó casi solo, no teniendo a su mesa sino muy pocos de sus más íntimos amigos; que en ella se le vio pensativo y taciturno, no siendo éste su carácter, y que, concluida la cena, le apretó fuertemente la mano, y sólo le dijo con su acostumbrado afecto en lengua griega: “Te prometo, Mesala, que me sucede lo mismo que a Pompeyo Magno, que es verme precisado a aventurar al lance de una sola batalla la suerte de la patria. Tenemos, no obstante, buen ánimo, poniendo la vista en la fortuna, de la que no es justo desconfiar, aunque no andemos los más acertados en el consejo.” Dicho esto, refiere Mesala que le saludó por última despedida, sin embargo de que él le tenía convidado a cenar para el día siguiente, que era su cumpleaños. Al amanecer estaba puesta en el campamento de Bruto y en el de Casio la señal de combate, que era la túnica de púrpura. Reuniéronse ambos en medio de los campamentos, y dijo Casio: “¡Ojalá, oh Bruto, alcancemos la victoria, y nos sea dado pasar juntos una vida feliz! Pero pues son inciertas las mayores empresas de los hombres, y si la batalla no se decide según nuestro buen deseo, no nos ha de ser fácil volvernos a ver, ¿qué opinión tienes acerca de la fuga y de la muerte?” A lo que respondió Bruto: “Cuando yo, ¡oh Casio!, era todavía joven y sin experiencia de negocios, no sé cómo llegué a proferir una expresión atrevida, porque culpé a Catón de haberse dado muerte, no mirando, como obra loable y digna del que haya de ser tenido por hombre, ceder a su mal Genio y no recibir con tranquilidad lo que quiera que

suceda, sino huir de ello a manera de esclavo fugitivo; ahora, puesto en los trances de fortuna, pienso muy de otro modo, y si Dios no ordenase convenientemente las cosas, no me empeñaré en urdir nuevas esperanzas y nuevos preparativos, sino que moriré alabando a mi fortuna de que, habiendo consagrado a la patria mi vida en los Idus de marzo, he vivido en lugar de aquella otra libre y gloriosa.” Casio oyó complacido este discurso, y abrazando a Bruto: “Pensando de este modo- le dijo-, marchemos a los enemigos, porque o venceremos, o no temeremos a los vencedores.” Trataron enseguida del orden de la formación a presencia ya de sus amigos, y Bruto pidió a Casio le dejara el mando del ala derecha, que por la edad y la pericia militar creían corresponder a Casio. Otorgóselo, pues, éste, y dispuso que Mesala, que mandaba la más aguerrida de todas las legiones, se colocara en el ala derecha, con lo que Bruto sacó al punto al campo la caballería bellamente adornada, sin tardar tampoco en la formación de los infantes.

XLI. Hallábase entonces ocupado Antonio en correr un foso desde los pantanos, junto a los que estaba acampado hacia la llanura, para interceptar a Casio el camino del mar, y César permanecía sosegado, no digamos él mismo, que se hallaba enfermo, sino su ejército, que no esperaba que los enemigos moviesen pelea, y sí sólo que hiciesen correrías contra sus obras, incomodando con tirar saetas y mover rebatos a los trabajadores. Como no atendiesen, pues, a los que habían tomado formación contra ellos, se maravillaban de la grande y confusa gritería que oían hacia el foso.

Distribuyéronse en esto a los jefes billetes de parte de Bruto, en que estaba escrita la seña, y él mismo recorría a caballo las filas inspirando aliento; pero fueron muy pocos aquellos a quienes la seña pasó: así, la mayor parte, sin más aguardar, cargaron con ímpetu y algazara a los enemigos. Hubo por esta causa desconcierto y desunión entre las legiones; así es que, primero la de Mesala, y enseguida las que movieron con ella, flanquearon la izquierda de César, y ofendiendo ligeramente a los de retaguardia con muerte de pocos, pues se contentaron con haberlos flanqueado, vinieron a caer sobre el campamento. César, como lo dice él mismo en sus comentarios, habiendo tenido un ensueño Marco Antonio, uno de sus amigos, en que se le prevenía que César se retirara, saliendo del campamento se había adelantado un poco llevado en hombros, y se creyó que le habían muerto, porque su litera vacía fue pasada de dardos y lanzas. Diose muerte en el campamento a los que vinieron a las manos, y dos mil Lacedemonios, que acababan de llegar de auxiliares, fueron destrozados.

XLII. No habiendo envuelto a los soldados de César, sino confundiéndose con ellos, fácilmente vencieron a hombres sorprendidos Y desordenados, y de este modo desbarataron tres legiones, entrándose con los fugitivos en su campamento, arrebatados del mismo ímpetu de la victoria: entre ellos se hallaba Bruto; pero lo que los vencedores ignoraban la ocasión lo reveló a los vencidos, porque dando éstos en la hueste contraria, que se hallaba desguarnecida por haberse separado su derecha, el centro no lo rechazaron, sino que hubieron de sostener con él un reñido combate; mas rechazaron el ala izquierda por el desorden ocurrido desde el principio y no saber ésta lo que pasaba, y persiguiéndola hasta su propio campamento, empezaron a destrozarlo, sin que en esto interviniese ninguno de los dos generales, porque Antonio, esquivando al principio el ataque, según dicen, se había retirado a la laguna, y César no podía comparecer, por haberse salido del campamento, y aun a Bruto le habían mostrado algunos sus espadas teñidas en sangre, para hacerle entender que lo habían muerto, y le decían cuál era su edad y su figura. También el centro había rechazado a los contrarios con gran mortandad, viéndose bien claro que Bruto había vencido y que había sido derrotado Casio; esto sólo fue lo que enteramente los perdió, no habiendo aquel socorrido a Casio por creerle vencedor, y no aguardando éste a Bruto por juzgarle vencido; pues Mesala

ponía el término de la victoria en haberle tomado tres águilas y muchas insignias a los enemigos, no habiendo tomado ellos ninguna. Al retirarse Bruto después de saqueado el campamento de César, se admiró de no ver entre esto el pabellón pretoriano de Casio sobresaliendo, como es de costumbre, ni tampoco las otras tiendas, según el sitio que debían ocupar, pues realmente las más habían sido derribadas y tiradas luego que los enemigos cayeron sobre el campamento. Los que adelantaban más sus observaciones, decían que veían muchos morriones resplandecientes y escudos de plata discurrir por el campamento de Casio, pareciéndoles que ni en el número ni en la clase eran aquellas las armas del piquete de guardia; pero que, por otra parte, no se descubría el número de cadáveres que era consiguiente, si tantas legiones hubiesen sido vencidas de poder a poder. Esto fue lo que dio a Bruto la primera sospecha de lo sucedido, y dejando una guardia en el campamento de los enemigos, llamó a los que les seguían el alcance para ir en socorro de Casio.

XLIII. Lo que a éste ocurrió fue lo siguiente: no había visto con gusto aquella primera carga de los soldados de Bruto, dada sin seña y sin orden, ni le había agradado tampoco el que inmediatamente que hicieron ceder a los enemigos, sin pensar en cortarlos y envolverlos, se hubiesen entregado al saqueo y pillaje. Cargóle a él mismo el ala derecha de los enemigos, más bien por cierto cuidado y detenimiento de los soldados que por su ardimiento o por disposición de los generales, y al punto su propia caballería dio a huir desordenadamente hacia el mar. Vio que también la infantería comenzaba a flaquear, y se esforzó a contenerla y hacerla volver al combate, tanto que a un abanderado que huía le arrebató de las manos la insignia y la puso fija ante sus pies; mas ya ni aun los que estaban a su lado se mantenían con decisión en sus puestos. Traído a este extremo, se retiró con unos pocos a un collado que daba vista a la llanura; pero no divisó otra cosa sino que su campamento había sido asolado, porque era corto de vista. Los que consigo tenía vieron que se encaminaban hacia aquel sitio muchos de caballería, los cuales habían sido enviados por Bruto; pero Casio discurrió que eran enemigos que iban en su alcance, y sin embargo envió a Titinio, uno de los que allí se hallaban, para que se informase. Desde luego fue conocido por aquella tropa, la cual, al ver a un su amigo que se mantenía fiel a Casio, comenzó a hacer exclamaciones de gozo; los que le eran mas allegados le saludaban y abrazaban con afecto, apeándose de los caballos, y además se le ponían alrededor, celebrando su triunfo con desmedida alegría, causando con esto un gravísimo mal; porque entendió Casio que, en realidad, Titinio había caído en manos de los enemigos, y prorrumpiendo en esta expresión: “Por nuestro demasiado apego a la vida hemos sufrido que uno de nuestros amigos a nuestra vista haya sido arrebatado por los enemigos”, se retiró a una tienda que estaba vacía, llevando consigo a uno de sus libertos, llamado Píndaro, al que, desde el infortunio de Craso tenía preparado para este ministerio. Salvose, pues, de los Partos; pero entonces, cubriéndose la cabeza con el manto y dejando descubierto el cuello, lo alargó al cuchillo, porque se encontró la cabeza separada del cuerpo. A Píndaro nadie volvió a verle después de esta muerte, con la que hizo sospechar a algunos que ja ejecutó sin ser mandado. Fueron de allí a un momento conocidos aquellos soldados de Bruto, y Titinio, coronado por ellos, corría en busca de Casio; pero cuando, por el clamor y los lamentos de sus amigos, conoció lo sucedido al general y su necedad propia, desenvainó la espada y culpándose a sí mismo de descuidado y tardo, se pasó con ella.

XLIV- Bruto, sabedor de la derrota de Casio, se retiró, y estando ya cerca de los reales, tuvo noticia de su muerte. Lloró largamente sobre su cuerpo, y apellidándole el último de los Romanos, porque ya no esperaba que hubiese otro espíritu como aquel, lo envolvió y lo hizo conducir a Tasos, para que no se excitase algún levantamiento si allí se le hacía el funeral. Reuniendo luego sus soldados, trató de darles ánimo, y viendo que

habían quedado faltos aun de lo más preciso, les prometió hasta dos mil dracmas por plaza, en resarcimiento de lo perdido. Ellos con este discurso recobraron la confianza, admiraron la esplendidez del donativo, y al retirarse le acompañaron con algazara, aplaudiéndole de que entre los cuatro generales sólo él se había conservado invicto. Testificó el hecho cuánta razón tenía para creer que ganaría la batalla, pues que con pocas legiones arrolló a cuantos se le opusieron; y si hubieran entrado en acción todas las tropas, y los más de los que concurrieron a ella no hubieran pasado de largo por los enemigos para ir en busca de sus despojos, parece que ninguna parte de éstos habría quedado en pie.

XLV- Murieron de esta parte ocho mil hombres, incluso los siervos armados, a los que Bruto llamaba Brigas; de la otra parte dice Mesala que, en su entender, murió más del doble. Por lo mismo fue mayor el desaliento que la sobrecogió, hasta que a la caída de la tarde llegó a la tienda de Antonio un esclavo de Casio, llamado Demetrio, que al punto recogió del cadáver el manto y la espada, y presentadas estas prendas subió tan de punto su confianza, que al rayar el día siguiente sacaron las tropas dispuestas para la batalla. Bruto, como uno y otro campo se hallasen en estado de poca seguridad, porque el suyo, estando lleno de prisioneros, necesitaba una fuerte y vigilante guardia, y el de Casio no llevaba bien la mudanza de caudillo, habiéndose excitado en los vencidos un poco de envidia y odio contra el ejército vencedor, determinó sí, tener dispuestas sus fuerzas, pero evitó el combate. De los prisioneros, a la chusma esclava, que mezclada con hombres armados daba que sospechar, mandó que se le diese muerte, y de los libres dio soltura a algunos, diciendo que más bien habían sido presos por los enemigos, pues allí había cautivos y esclavos, y en su ejército no más que libres y ciudadanos. Mas como observase que sus amigos y los jefes estaban en este punto inexorables, oculta y reservadamente les daba después escape. Había un tal Volumnio, comediante, y un tal Saculión, juglar, entre los cautivos, de los que como ninguna cuenta hubiese hecho Bruto, se le presentaron sus amigos, acusándolos de que ni aun entonces cesaban de insultarlos y motejarlos por burla. Calló a esto Bruto, teniendo puesta su atención en otros cuidados, y Mesala Corvino determinó que, después de haberlos azotado en la tienda, fueran entregados desnudos a los soldados de los enemigos, para que vieran cuáles eran los amigos y camaradas que les convenían, a lo que algunos de los que se hallaban presentes asintieron; pero Publio Casca, el primero que hirió a César, “No parece- dijo- que es buen modo de hacer exequias a Casio en su muerte ocuparnos en risas y chanzas; y tú ¡oh Bruto!- añadió-, mostrarás en qué memoria tienes a este general, castigando o conservando a unos hombres dispuestos a mofarse y maldecir de él.” Incomodado Bruto al oírlo: “¿Por qué me preguntáis ¡oh Casca!- le replicó-, y no hacéis lo que os parezca?” Y teniendo esta respuesta por una aprobación en cuanto a aquellos desventurados, los sacaron de allí y les dieron muerte.

XLVI Repartió después de esto el donativo a los soldados, y reprendióles ligeramente por haber marchado en tropel contra los enemigos sin recibir la seña ni guardar la orden: les ofreció que si se portaban bien les entregaría dos ciudades para el saqueo y para sólo su provecho, que eran Tesalónica y Lacedemonia; y éste es el único cargo de la vida de Bruto que carece de disculpa, sin que sirva para ella que Antonio y César hubiesen concedido premios de victoria más duros y crueles a sus soldados, habiendo faltado muy poco para lanzar de toda Italia a sus antiguos habitantes, a fin de que aquellos ocupasen un territorio y unas ciudades a que ningún derecho tenían, porque al cabo éstos no se proponían otro fin de la guerra que el mandar; pero a Bruto, por el concepto que se tenía de su virtud, no le era permitido en la opinión pública ni vencer ni salvarse sino con la honestidad y la justicia, y más después de muerto Casio, a quien se atribuía que aun al mismo Bruto lo arrastraba a veces a medidas violentas; pero así como en una

navegación, roto el timón, se buscan y acomodan otros palos, no bien, sino sacando de ellos el partido posible para aquel apuro, de la misma manera Bruto, entre tanta gente, y en medio de negocios tan inciertos y escabrosos, no teniendo ya un colega con quien partir el peso, se veía precisado a valerse de los que tenía cerca de sí, y a hacer y decir muchas cosas según el gusto y deseo de éstos; y deseaban todo cuanto creían podría conducir a hacer mejores los soldados de Casio, porque eran hombres de mal manejo, osados por la anarquía en el campamento, y por la anterior derrota acobardados al frente de los enemigos.

XLVII. No era mejor el estado de los negocios para César y Antonio, reducidos en cuanto a víveres a lo muy preciso, y amenazados, por el desabrigo del campamento, de un malísimo invierno. En efecto; arrinconados a las lagunas, habiendo sobrevenido después de la batalla las lluvias del otoño, se llenaban las tiendas de lodo y agua, que luego se congelaba por el frío. Cuando tal era su situación, les llegaron nuevas del descalabro que sus soldados habían sufrido en el mar; porque viniéndole a César tropas de Italia en bastante número, las naves de Bruto las habían acometido y destrozado, y los pocos hombres que habían podido salvarse de las manos de los enemigos, acosados del hambre, se mantenían de las velas y las maromas de junco. Oída esta noticia, se apresuraron a hacer que una batalla decidiese, antes de que supiera Bruto cuánto había mejorado su suerte, porque en un mismo día se habían dado ambos combates, el de tierra y el de mar: y más bien por accidente que por maldad de los caudillos de las naves, ignoraba Bruto aquella victoria, sin embargo de mediar ya veinte días; porque seguramente no se habría arriesgado a la segunda batalla teniendo hechos abundantes acopios de víveres para el ejército, hallándose situado en lo mejor del país, de manera que su campamento estaba al abrigo del invierno y no podía ser fácilmente forzado por los enemigos, y dándole grandes esperanzas y mucho ánimo al hallarse dueño del mar y haber vencido por tierra con el ejército de su mando. Sino que, siendo ya indispensable la monarquía, por no sufrir el estado de las cosas públicas el mando de muchos, Dios, que quería quitar y remover el único estorbo que se oponía al que podía apoderarse de la autoridad, interceptó el camino al conocimiento de aquel próspero suceso, aun faltándole muy poco para llegar a Bruto; estando, efectivamente, ya decidido al combate, el día antes por la tarde se pasó del ejército enemigo un tal Clodio, diciendo que César, noticioso de haber sido derrotada su escuadra, precipitaba la batalla: pero no se dio crédito a este anuncio, ni el que le hacía fue presentado a Bruto, por mirarle todos con desprecio, diciendo que o lo habría oído mal, o lo habría inventado para hablarles según su gusto.

XLVIII. En aquella misma noche se dice haberse vuelto a presentar a Bruto aquel espectro, y que habiéndose aparecido de la misma manera, nada dijo, sino que luego se retiró, pero Publio Volumnio, hombre dado a la filosofía, y que desde el principio militó con Bruto, no habla de semejante prodigio, aunque dice que la primer águila se llenó de abejas, que el brazo de uno de los guías despidió sin causa conocida olor de esencia de rosa, y aunque se lavó y limpió muchas veces, nada se adelantó, y que antes de la misma batalla se combatieron dos águilas en el espacio que mediaba entre las dos huestes, estando toda la llanura en increíble silencio y todos mirándolo; y cedió y se retiró la que estaba a la parte de Bruto. Fue también muy sonado entonces lo del Eetíope, que abierta la puerta dio de frente con el alférez que conducía la primer águila, y que fue hecho pedazos por los soldados con las espadas para desvanecer el agüero.

XLIX. Sacó en orden de batalla su hueste, y formándola al frente de los enemigos, se detuvo largo tiempo, porque al revistar el ejército concibió sospechas y se le hicieron denuncias contra algunos; observó además que los de caballería no estaban muy prontos para dar principio al combate, sino que siempre era su ánimo esperar a ver cuál sería el

porte de la infantería. En tanto, uno de los militares más distinguidos, premiado sobresalientemente por su valor, se apea del caballo al lado del mismo Bruto y se pasa a los enemigos: llamábase Camulato. Mucha pesadumbre recibió Bruto al verlo, y ya con el enojo ya con el recelo de mayores mudanzas y traiciones. Marchó sin más dilación contra los enemigos, cuando ya el Sol tocaba en la hora nona; y por su parte vencía, yendo adelante y cargando él a la izquierda de los enemigos que se replegaban, con lo que los de caballería se alentaron, acometiendo juntamente con la infantería a los que empezaban a desordenarse; pero como los caudillos extendiesen la otra ala para que no fuese envuelta de los enemigos, a los que era inferior en número, quedó con esto descubierto el centro, y siendo más débil, no pudo resistir al choque contrario, sino que fue el primero en dar a huir. Los que lo cortaron, envolvieron al punto al mismo Bruto, que con la mano y el consejo, en medio de lo más crudo de la pelea, hizo las más insignes obras de soldado y de general para alcanzar la victoria; pero le perdió en esta ocasión lo mismo en que tuvo ventaja en la anterior batalla; porque entonces el ala vencida de los enemigos al punto se perdió toda; mas de los soldados de Casio que fueron puestos en fuga murieron pocos, y los que se salvaron, habiendo quedado tímidos y medrosos con la derrota, comunicaron su desaliento e indisciplina a la mayor parte del ejército. En esta división, Marco, el hijo de Catón, peleando y trabajando entre los jóvenes más ilustres y esforzados, no huyó ni se rindió, sino que, obrando con la mano, mostrando quién era y llamándose a sí mismo con el nombre paterno, cayó muerto entre muchos cadáveres de enemigos. Murieron con él muchos buenos, poniéndose delante en defensa de Bruto.

L.- Había entre los amigos de éste un tal Lucilio, hombre de la mayor probidad, el cual, viendo que unos soldados de la caballería de los bárbaros no hacían cuenta de los demás y con empeño seguían a Bruto, se propuso servirles a todo riesgo de estorbo en sus designios; y hallándose a espaldas de ellos a corta distancia, les dijo que él era Bruto, y se lo hizo creíble con rogarles que lo condujeran ante Antonio, por cuanto temía a César, y en aquel confiaba. Celebrando ellos el encuentro, y teniéndolo a mayor fortuna, le conducían allá, aunque ya era de noche, enviando delante algunos de los mismos que anticiparon a Antonio la noticia. Celebrólo también éste, y marchó a encontrarse con los que se lo traían. Corrieron allá asimismo cuantos llegaron a entender que traían vivo a Bruto, unos compadeciendo su suerte y otros creyendo indigno de tanta gloria a un hombre que, por apego a la vida, había venido a ser presa de los bárbaros. Cuando ya estaban cerca, Antonio se paró, dudando cómo debería recibir a Bruto, y Lucilio, ya en su presencia, con el más confiado ánimo, “A Marco Bruto ¡oh Antonio!- dijo- no lo ha hecho ni lo hará prisionero ningún enemigo; no permita Dios que hasta este punto prevalezca la fortuna sobre el valor; vivo está, o, si muerto, habrá sido de un modo digno de él. Yo he engañado a tus soldados, y aquí me tienes, que no rehúso sufrir por este crimen los más duros tormentos.” Dicho esto por Lucilio, todos se quedaron absortos; y Antonio, puesto la vista en los que le habían conducido: “No será extraño- les dijo-, ¡oh camaradas!, que llevéis a mal el teneros por burlados con este error; pero es bien sepáis que os habéis encontrado con una presa de más precio que la que buscabais, pues buscando un enemigo, es un amigo el que me habéis traído. Con Bruto no sé por los dioses qué había de haber hecho si me lo hubieran presentado vivo; y me es más grato encontrarme con tales amigos, que no con enemigos.” Esto dicho, abrazó a Lucilio, y por entonces lo encomendó a uno de sus más íntimos, y en adelante constantemente lo encontró siempre uno de los más fieles y seguros amigos que tuvo. LI. Bruto, habiendo pasado ya de noche un arroyo cuyas orillas eran escarpadas y cubiertas de matas, no fue mucho más adelante, sino que en un sitio despejado, en el que había una piedra grande rodada, se sentó, teniendo consigo a muy pocos de los

caudillos y de sus amigos, y mirando al cielo poblado de estrellas, pronunció dos versos, de los cuales el uno en esta sentencia nos le refirió Volumnio: No permitas ¡oh Zeus! que se te oculte de tantos males el autor funesto; y del otro dice que se le había olvidado. De allí a poco, nombrando a cada uno de sus amigos muertos en la batalla, lloró principalmente sobre la memoria de Flavio y Labeón, de los cuales éste era su legado, y Flavio prefecto de los operarios. En esto uno de ellos, que tenía sed y conoció que Bruto la padecía igualmente, tomando su casco se encaminó al río. Oyóse entonces ruido por uno de los lados, y Volumnio se adelantó a ver lo que era, y con él el escudero Dárdano. Volvieron de allí a poco, y preguntando por el agua, respondió Bruto a Volumnio con una modesta sonrisa: “Nos la bebimos; pero se traerá otra para vosotros”; y enviado él mismo, estuvo muy expuesto a ser cautivado de los enemigos, y con gran dificultad se salvó herido. Conjeturó Bruto que no había sido mucha la gente que había perecido en la batalla, y se ofreció Estatilio a pasar por entre los enemigos, pues de otro modo no era posible llegar al campamento, y levantando en alto un hacha encendida, si lo hallaba salvo, volver otra vez adonde estaban. El hacha bien se levantó, habiendo llegado Estatilio al campamento; pero como al cabo de largo tiempo no volviese, “Si Estatilio vive- dijo Bruto-, no dejará de venir”; pero lo que ocurrió fue que al regresar dio en los enemigos y le quitaron la vida.

LII. Siendo ya alta noche, se reclinó allí mismo donde se hallaba sentado, y se puso a conversar con su esclavo Clito. Como Clito nada le respondiese, echándose sólo a llorar, se volvió hacia el escudero Dárdano y le dijo en secreto algunas palabras. Finalmente, recordando en lengua griega a Volumnio los estudios y cuestiones en que juntos se habían ejercitado, le incitaba a que, aplicando su mano a la espada, ayudase el golpe. Rehusólo con abominación Volumnio, y lo mismo todos los demás; y como alguno dijese que ya no convenía permanecer allí, sino huir, levantándose, “Huir, sin duda-repuso-: mas no por pies, sino por manos”; y alargándoles la diestra de uno en uno con el más alegre semblante, les dijo ser grande el placer que tenía en que de sus amigos ninguno se había desmentido, que sólo debía culpar a la fortuna de los males de la patria y que se reputaba a sí mismo más feliz que los vencedores, no sólo en lo anterior, sino entonces mismo, por cuanto dejaba una opinión de valor que nunca alcanzarían éstos, ni a fuerza de armas, ni a fuerza de intereses, no pudiendo desvanecer la idea de que los injustos habían oprimido a los justos, y los malos a los buenos para apoderarse de un mando que no les tocaba. Rogándoles, pues, y exhortándolos a que se salvaran, se retiró a alguna distancia con dos o tres, de los cuales era uno Estratón, que había contraído amistad con él con motivo del estudio de la oratoria. Colocóle, pues, a su lado, y afianzando con ambas manos la espada por la empuñadura, se arrojó sobre ella y murió, aunque algunos dicen que fue el mismo Estratón quien, a fuerza de ruegos de Bruto, volviendo el rostro, le tuvo firme la espada, y que él, arrojándose con ímpetu de pechos, se había atravesado el cuerpo, quedando al golpe muerto.

LIII. A este Estratón. Mesala, que era amigo de Bruto, reconciliado con César, se lo recomendó cuando tuvo oportunidad, diciéndole no sin llanto: “Éste es ¡oh César! el que a mi Bruto le sirvió, pagándole el último oficio.” Admitióle César, a quien asistió en los trabajos y combates de Accio, entre los apreciables griegos que tuvo entonces a su lado. De Mesala dicen que César le alabó más adelante, porque habiendo sido denodado en Filipos por Bruto y mostrándosele después acérrimo en Accio le había dicho: “Yo, César, siempre soy de la autoridad y partido que tiene a su favor la razón y la justicia.” A Bruto le encontró ya muerto Antonio, y dio el mejor de sus mantos de púrpura para que envolviera el cuerpo; sabedor después de que había sido sustraído, hizo dar muerte al que lo sustrajo. Las cenizas las envió a la madre de Bruto Servilia; y de Porcia, mujer del mismo Bruto, refieren el filósofo Nicolao y Valerio Máximo que

queriendo darse muerte, y no dejándole lugar ni medio para ello, sus amigos, que la observaban y guardaban continuamente, se tragó un ascua encendida, y cerrando y apretando la boca, de este modo pereció. Corre, sin embargo, una carta de Bruto a sus amigos, en la que se quejaba y les echaba en cara que habían abandonado a Porcia y dado lugar a que de enfermedad se dejara morir. Parece, pues, que Nicolao no tenía conocimiento del tiempo, porque de lo ocurrido a Porcia, de su amor y del modo de su muerte da noticia la misma carta, si acaso es de las legítimas.

Comparación de Dión y Bruto

I. Siendo muchos los bienes de todo género que en estos dos varones se acumularon, el que puede contarse por primero, que es haber llegado a ser grandes de pequeños principios, esto sobresale más en Dion, porque no tuvo quien con él concurriese, como tuvo Bruto a Casio, el cual, aunque en la virtud y en la opinión no le era comparable, en valor, pericia y hazañas no puso para la guerra menor parte; y aun algunos a él es a quien atribuyen el principio de la empresa, diciendo haber sido autor e instigador del pensamiento contra César respecto de Bruto, que por sí a nada se movía. Dion, así como las armas, las naves y las tropas, igualmente parece que puso por sí mismo solo los amigos y los colaboradores de la obra. Ni allegó tampoco Dion, como Bruto, riqueza y poder de los negocios mismos y de la guerra, sino que invirtió en la guerra su riqueza propia, consagrando a la libertad de sus conciudadanos los medios que tuvo para subsistir en su destierro. Además, Bruto y Casio, echados de Roma, no siéndoles dado permanecer en reposo, cuando ya eran perseguidos como reos de pena capital, por necesidad recurrieron a la guerra, y confiando sus personas a las armas, más puede decirse que se expusieron a los peligros por sí mismos que por sus conciudadanos; pero Dion, pasando en el destierro una vida más extensa y placentera que el tirano que le desterraba, voluntariamente abrazó el peligro por salvar a la Sicilia.

II. No era tampoco igual beneficio que redimir a los Siracusanos de Dionisio el libertar de César a los Romanos, porque aquel ni siquiera negaba que era tirano, y llenaba la Sicilia de infinitos males; pero el Imperio de César, si al formarse se hizo sentir a los que se le oponían, para los que ya le habían dado entrada y le estaban sometidos no tenía de tiránico más que el nombre y la idea, sin que se hubiese visto de él obra ninguna de crueldad o tiranía, y antes hizo ver que siendo en el estado de las cosas necesaria la monarquía, fue dado por algún buen genio como el médico más suave y benigno. Así es que, César inmediatamente lo echó de menos el pueblo romano, hasta el término de hacerse terrible e irreconciliable a los que le dieron muerte, y, por el contrario, para Dion fue un grave cargo ante sus conciudadanos la evasión de Dionisio, y el no haber permitido violar el sepulcro del primer tirano.

III. En las mismas acciones de guerra Dion se mostró siempre un general irrepreensible, dirigiendo perfectamente las que él dispuso y enmendando y corrigiendo las que otros habían desgraciado, mientras que Bruto, aun respecto del último combate en que se aventuró todo, parece que ni se arrojó a él con prudencia ni encontró enmienda al descalabro; sino que luego perdió y abandonó toda esperanza, no tratando ni siquiera, como Pompeyo, de probar fortuna, y esto sin embargo de que aun le quedaban medios de confiar en las mismas armas y de que con sus naves dominaba seguramente todo el mar. Lo que más se ha reprendido en Bruto, es el que, habiendo debido la vida al favor

de César, y salvando a cuantos quiso, siendo uno de sus amigos, preferido en los honores a muchos, hubiese puesto manos en su persona, esto ciertamente no habrá nadie que lo diga de Dion, sino más lo contrario, pues siendo deudo de Dionisio, mientras se mantuvo en su amistad dirigió y promovió sus intereses; pero después de ser desterrado de su patria, ofendido en su mujer y privado de su patrimonio, tuvo ya manifiestas causas para una guerra justa y legítima. Pero esto, en primer lugar, ¿no puede convertirse y valer en sentido contrario? Porque lo que cede en la mayor alabanza de los hombres, que es el odio a la tiranía y la aversión a toda maldad, esto en nadie se vio más claro ni con mayor pureza que en Bruto, el cual, no teniendo en particular nada por qué quejarse de César, sólo se expuso por la pública libertad: y Dion, a no haber sido personalmente injuriado, no habría hecho la guerra; lo que aparece con mayor claridad de las cartas de Platón, por las que se ve que a Dionisio lo destruyó Dion arrojado de la tiranía, no retirándose él de ella. Mas a Bruto fue el bien público el que lo hizo amigo de Pompeyo y enemigo de César, poniendo siempre en sola la justicia el término de su odio o de su amor; pero Dion hizo muchas cosas en servicio de Dionisio, mientras éste se puso en sus manos, y cuando desconfió de él, por enojo le movió la guerra. Por lo mismo, no todos sus amigos tuvieron por cierto que no aseguraría y consolidaría para sí el imperio, destruido Dionisio, halagando a los ciudadanos con un nombre más blando de tiranía; cuando en orden a Bruto, aun de boca de sus mismos enemigos se oía que de cuantos conjuraron contra César, él sólo no se propuso desde el principio hasta el fin otro objeto que el de restituir a los romanos su patria y legítimo gobierno.

IV. Aun sin esto, el combate contra Dionisio no era lo mismo que el combate contra César, porque a Dionisio no había ninguno, aun de sus más íntimos amigos, que no lo despreciase, viéndole pasar la mayor parte del tiempo en beber, en el juego y en el trato con mujerzuelas; pero el meditar la ruina de César, y no asustarse del talento, del poder y de la fortuna de aquel cuyo nombre sólo no dejaba dormir a los reyes de los Partos y a los Indios, era de un alma superior y dotada de tales alientos que con ella nada pudiera el miedo. Por lo mismo, con sólo aparecerse Dion en la Sicilia se rebelaron millares y millares contra Dionisio, mientras que cuando la gloria de César, aun después de muerto, erigió a sus amigos, y su nombre al que lo tomó, de un joven sin medios lo elevó al punto a ser el primero de los Romanos, convirtiéndose luego en una especie de encanto contra la enemistad y el poder de Antonio. Si dijese alguno que Dion no expulsó al tirano sino en fuerza de grandes y repetidos combates, habiendo dado Bruto muerte a César desarmado y sin guardias, esto mismo fue obra de una inteligencia suma y de una consumada pericia, sorprender cuando estaba sin armas y sin guardias a un hombre rodeado de tan inmenso poder; pues no le dio muerte súbitamente cayendo sobre él sólo o con pocos, sino habiendo concertado el plan mucho antes, y tratándolo con muchos, de los cuales ninguno le faltó; porque o desde luego distinguió quiénes eran los de más probidad, o con ponerlos en la confianza los hizo virtuosos. Mas Dion, o por falta de aquel discernimiento se confió a hombres malos, o con valerse de ellos los tornó malos de buenos que antes eran; y al varón prudente no está bien le suceda ni lo uno ni lo otro; así Platón le reprendió de haber elegido tales amigos, que al cabo le perdieron.

V. Finalmente, Dion en su muerte nadie encontró que volviera por él; y a Bruto, de sus enemigos, Antonio le sepultó decorosamente, y César le conservó sus honores. Había una estatua suya de bronce en Milán de la Galia Cisalpina; viola tiempo después César, hallando que era muy parecida y de bella ejecución. Pasó adelante; pero luego, parándose ante ella, hizo llamar a presencia de muchos a los magistrados, y les dijo habían faltado a las estipulaciones con que tomara su ciudad, teniendo dentro de ella a un enemigo suyo. Negáronlo al principio, como era natural, y después se miraron unos a

otros dudando por quién lo diría, pero cuando, volviéndose César hacia la estatua y arrugando las cejas, les dijo: “Pues éste, siendo mi enemigo, ¿no está aquí colocado?”, entonces todavía se sobrecogieron más y callaron, y él, sonriéndose, celebró a los galos, porque se conservaban fieles a sus amigos sin atender a la fortuna, y mandó que la estatua quedara en su puesto.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

